

Nº 21.028.

Nº 10.183

LA CIUDAD

aspectos críticos del entorno urbano

ANTONIO FERNANDEZ ALBA

EDITORIAL CUADERNOS PARA EL DIALOGO, S. A.

EDICUSA

MADRID, 1969

Introducción

El equipo editorial de CUADERNOS inicia con la publicación de estos artículos una prospección de cuestiones que hace muy poco pertenecían al ideario de sectores estrictamente profesionales. Tenemos que agradecer esta cordial invitación para difundir unos comentarios escritos para unas circunstancias de lugar y tiempo diferentes a los determinados requerimientos actuales, pero vigentes aún porque las cuestiones críticas que abordan sobre ciertos aspectos de la realidad urbana no han sido lo suficientemente debatidos.

Su pretensión es muy limitada, favorecer en nuestro país una corriente de opinión que pueda incorporar al lector a temas que por sus condiciones específicas parecen estar destinados a los reductos de especialistas. Lo esquemático de los temas tratados y su compacta exposición hacen de estos comentarios una cadena de sugerencias, para un mejor entendimiento de la estructura urbana que habitamos, de sus fórmulas de planteamiento, de las fuerzas que destruyen el tejido de la convivencia ciudadana, de la necesidad urgente de favorecer y estructurar una cultura urbana a niveles mayoritarios, para poder iniciar un diseño del entorno, programado y dirigido por las decisiones de la gran mayoría.

Recoge la publicación de este cuaderno seis aspectos relativos a la problemática que encierra el crecimiento de las ciudades y la realidad de su entorno. La dialéctica campo-ciudad, la progresiva destrucción del paisaje, el uso del suelo, corroido por el afán de lucro, la presencia de realidades arquitectónicas ancestrales para satisfacer determinados *status*, las arquitecturas marcadas por la tradición en controversia con las nuevas propuestas de la tecnología.

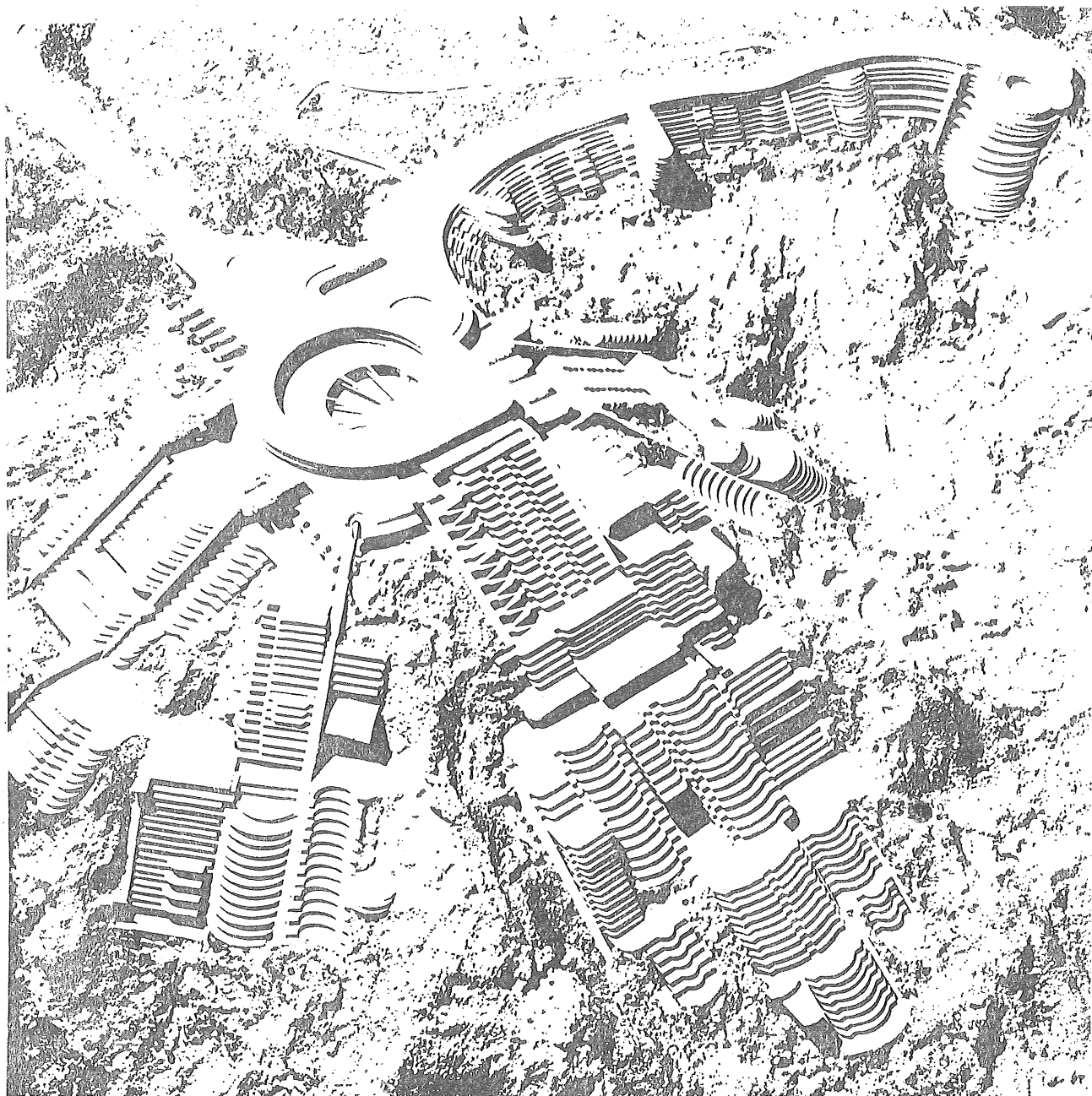
Unas notas cronológicas del proceso urbanístico en su vertiente formal, hasta lo que pudiéramos señalar como el proceso contra la forma, no se recoge en esta publicación la nueva tipología formal-estructuralista, ni las propuestas de los analistas de la realidad urbana, dos de las corrientes más características del urbanismo cien-

tífico que a nuestro juicio ha favorecido de forma muy elocuente la dinámica neocapitalista.

Tres cuestiones que abordan posteriormente los aspectos más críticos de la ciudad: la usurpación y destrucción del tejido urbano por la concentración del poder de decisiones en la tecnocracia político-económica; el campo crítico de la congestión urbana, colapsando el crecimiento de las ciudades en función de unos precisos, concretos y determinados intereses, para abordar posteriormente de forma esquemática la problemática que plantea la necesidad de culturizar el medio ciudadano para formular una estrategia, no ya de lucha de clases, que el urbanismo actual zonificado y acotado está favoreciendo en un grado incontrolado, sino una estrategia para la subsistencia de la especie humana y de sus derechos.

Por último, unas puntualizaciones sobre un tema que cobra una gran actualidad en nuestros días: la planificación, uso y finalidad de los espacios para la cultura. Si la dicotomía entre manipulaciones intelectuales y realidad fue denunciada hace ya algún tiempo, esta conciencia cobra en la actualidad una urgencia inmediata, la división del trabajo como hecho institucionalizado favorece un método de operatividad fragmentario, cada miembro percibe sus específicas retribuciones y en la mecánica de esta operatividad se crea una superestructura que transforma las contradicciones en organización establecida.

El papel que el profesional de la cultura juega dentro de la dinámica social es el de una actividad contradictoria entre aquellos valores que se le ofrecen, conocimiento científico, creatividad y objetividad, frente a la *praxis* real, degradación, alienación y subordinación. El marco donde se manifiestan estas contradicciones aparece anclado en esquemas de «ghetto cultural»; dos diferentes entendimientos de la cultura cobran realidad en el espacio universitario actual, uno periclitado y otro que aún no ha podido desarrollar su modelo. Las tensiones ciudad-universidad reflejan la escasa flexibilidad que los sistemas de



enseñanza poseen para poder abordar los cambios que se producen en su entorno, su carácter eminentemente clasista la incapacita para poder vislumbrar la verdadera expectativa cultural de la sociedad.

Estos escritos no deben entenderse como propuestas o análisis críticos rigurosos, la discontinuidad de sus enunciados así lo evidencia; confirman parte del diagnóstico que, desde otros campos y con una metodología más rigurosa, se ha iniciado desde hace algunos años para formular una dialéctica del espacio urbano. A nadie se le oculta que el desarrollo urbano que sufrimos está desarticulado en los servicios y es acumula-

tivo en los usos, los resultados son la interacción múltiple de relaciones caóticas. Una nueva visión y experimentación de organización regional está reclamando la expansión metropolitana; la complejidad de los problemas requiere cada día más unos mecanismos de estado con una estructuración científica, que nada tiene que ver con el «sucedió tecnocrático», porque cada día la capacidad de innovar soluciones a nivel comunitario y de resolverlas determinará la verdadera prueba de la eficacia.

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA
Madrid, octubre, 1969.

Las arquitecturas tradicionales y los cambios técnicos

La explosión demográfica que caracteriza nuestra sociedad industrial ha provocado una conmoción en las formas y modos de asentarse nuestras comunidades. Las pautas de conductas y los nuevos hábitos de sus formas de vida han creado un nuevo proceso en la manera de crear el «ambiente y el entorno» donde sus vidas se desarrollan.

Las formas del asentamiento de los nuevos grupos influyen en el tejido natural de áreas dedicadas a la explotación de grandes partes naturales, o a las grandes reservas del paisaje, cuando no actúan sobre los grandes núcleos monumentales, los agrupamientos urbanos o los pequeños complejos rurales, productos todos ellos de una sociedad preindustrial o de una estructura eminentemente rural.

Este colonialismo demográfico provoca unas tensiones sobre las nuevas zonas a conquistar y el asentamiento de los nuevos núcleos introduce perturbaciones y traumas de cuyos efectos comenzaremos a tener noticia como usufructuarios de las nuevas moradas. Las formas de vida, y en consecuencia, las formas constructivas que nuestros antepasados nos ofrecían, parece que encajan dentro de un cuadro de adaptación de unos valores de la realidad que harían de estas arquitecturas espacios válidos, aptos para el desarrollo de los habitat en cada «unidad regional». Sobre estas arquitecturas recogidas en su término más genérico con el nombre de arquitecturas tradicionales, y con acepciones más específicas como arquitecturas espontáneas, arquitecturas anónimas o arquitecturas populares o regionales, ha surgido una literatura con acento conservador, que ha ocasionado y de hecho provoca situaciones ambiguas, casi todas ellas llenas de un contenido anecdótico y ajeno por completo a aquellos valores esenciales que les dio origen.

No es extraño observar en la mentalidad del promotor de grandes o pequeños complejos, en

las zonas de «boom» turístico, o en áreas a las que irónicamente se denomina de descongestión de los grandes núcleos urbanos, encontrar en las premisas fundamentales de estas ordenaciones la tradición conceptual y formal de estas «arquitecturas populares». Con una actitud por parte de estos promotores y de sus eficaces colaboradores, los arquitectos y técnicos urbanistas, llena de ingenuas convicciones, que van desde la convicción liberal de concebir un urbanismo «moralizador de ambientes» hasta hacerse guardianes del patrimonio cultural del pueblo, perpetuándolo en nuevas y refrescantes imágenes, la «copia muerta» de una realidad histórica totalmente superada.

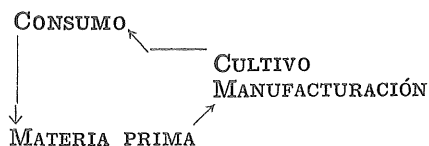
Los nuevos descubrimientos de la crítica histórica dirigida a la arquitectura nos dan luz sobre enfoques y corrientes del pensamiento arquitectónico adscrito a fenómenos absolutos, a valoraciones de la tradición, a lugares comunes establecidos, a una revisión en suma de lo que son, significan y aportan a la cultura arquitectónica de nuestros días estas arquitecturas, elaboradas por anónimos constructores, realizadas con una gran destreza, ejecutadas por una sabiduría transmitida de generación en generación y con un conocimiento de su realidad socio-económica tan cabal, que hacen de estas muestras un material valioso para nuestro trabajo de investigación, para nuestra actitud ética y moral en el entorno profesional, pero nunca como fórmula mágica con que conformar nuestra incapacidad creadora, o la intransigente y mediocre ignorancia del poder económico, que disfraza así unas formas de vida, llenas de sucedáneos, de evasivas y ficciones aparentes, burlando una vez más las esenciales y reales necesidades entre el hombre y su medio.

Esta actitud de «falacia formal» tiene dos vertientes, ambas igualmente negativas: una que adopta las formas del pasado, en una traslación

directa, porque el modelo está consumado y dogmatizado por los sumos sacerdotes de los cánones de belleza; otra camuflada con los «revisionismos» que le ofrece nuestra sociedad de consumo. A la degeneración de las formas se llega por el camino que va desde la academia a la burocracia. A esta última se la detecta fácilmente, la «nueva academia» se acredita con elucubraciones que ganan muchos adeptos.

No creo que se necesite de una gran capacidad de observación para entender que todo el proceso histórico de estas arquitecturas anónimas ha surgido de una demanda elemental de cobijo a medida que el grupo humano se iba seleccionando y organizando en unidades regionales de producción y consumo. Esta necesidad primaria obedecía a reglas muy esenciales: utilizar mediante técnicas elementales unos materiales del entorno, y, en orden a sus características, utilizarlos para concebir un espacio donde poder vivir frente al medio. Posteriormente, esta necesidad primaria sería secundada por las actitudes estéticas del hombre, y a su función estricta se le añadía la capacidad de expresión que el hombre posee. En el área natural donde se asentaba, introducía un área artificial creada y solicitada por la doble necesidad de la «forma y la función», y paralelas a estas formas de expresión y función populares, aparecían otras requeridas por las «élites» de la religión o el poder. Estas eran concebidas por expertos al servicio de estas minorías. El arquitecto concebía los espacios para la religión, el poder o la política.

El paso de una, a) *economía de subsistencia*, a una, b) *economía industrial*, iba a dar una fórmula distinta de concebir y realizar estos espacios. La respuesta a la «forma de vida» en una economía de subsistencia es concéntrica; la *materia prima*, el cultivo y manufacturación y el consumo se dan en el mismo entorno, es un proceso que comienza y termina en sí.



Su escala de elaboración es artesanal, con un predominio de la destreza frente a la herramienta (forjados de techos de madera, arquitecturas japonesas, frente a la tipificación de forjados con máquina). Sus arquitecturas surgen a nivel espontáneo, con economía de medios de expresión, reducción al mínimo en su repertorio formal. Su lenguaje es sobrio, conciso, definen y revelan en su forma externa aquello que da esencia a su espacio interno. Una literatura de divulgación de estas arquitecturas las ha reducido a un pintoresquismo estéril, ignorando que su capacidad creadora dispone de recursos idénticos a las arquitecturas intelectuales: la luz como concepto

ambiental, los datos de *confort* del recinto interno, la organización en planta de acuerdo con el *status* familiar que vive. Basta observar el análisis de una planta para poder enunciar los presupuestos que una distribución a nivel de proyecto posee—diferenciación de niveles según funciones, separación de zonas de dormir y estar, el núcleo cocina-comedor, sus áreas de expansión en patios y corrales—. Una diferenciación típica tan patente como los presupuestos de orden que L. Kahn ha marcado para las áreas destinadas a espacios que sirven y espacios servidos. El análisis del cerramiento, suelo y techo coincide con las premisas básicas de estos elementos arquitectónicos. La arquitectura tiende a confundirse con la construcción, no marcando esa diferencia tan radical del valor del diseño (proyecto), como podemos observar entre las arquitecturas de los arquitectos, entre la arquitectura dibujada y la arquitectura construida. En el proceso de elaboración de estas arquitecturas anónimas, la razón utiliza un camino modesto, experimenta, selecciona más que crea, saca todo el partido que puede de lo que el azar le pone ante sus ojos, de aquí esa espontaneidad tan celebrada y esa huida de los arquitectos modernos para poder encontrar este dato elemental para todo proceso de creación.

Su capacidad de utilización democrática, nace de las necesidades más comunes del pueblo y sirve a sus elementales y básicos intereses, tratando de conciliar «el contenido y sus formas», de definir y expresar las formas populares de la existencia social; sus formas peculiares de manifestación refuerzan de forma objetiva el binomio «forma-función», que ha pasado a ser dogma en los prolegómenos del movimiento moderno.

Su base ideológica consiste precisamente en dar soluciones inmediatas, sin un concepto de planificación. El carácter aditivo de estas arquitecturas, que va proporcionando nuevos espacios según el crecimiento de la familia o las necesidades de su economía, le confiere un carácter orgánico imprevisible utilizando los recursos que en el momento preciso posee. De aquí esa profunda paradoja en algunos arquitectos de pretender ofrecer en sus soluciones a nivel de proyecto esta «espontaneidad diversa» como recurso ambiental a soluciones cuyas premisas y destino son tan diferentes.

Las categorías estéticas que a estos trabajos se les asignan están en función de análisis críticos e historiográficos que, en su afán de tabular toda operación artística, establecen escalas y valores. Pero las arquitecturas populares «tienen, social e ideológicamente, la posibilidad de describir todos los aspectos inmediatos y concretos de la sociedad y representarla artísticamente a base de las leyes de su propia evolución» (L. Kahn). Creando su propia dinámica, cada fragmento de estas construcciones es una parte orgánica del conjunto que está revelando a cada paso la vida total de esa sociedad. «Para conocer realmente un objeto es preciso captarlo y examinarlo en todas sus facetas, en todas sus relaciones y mediacio-

nes.» Si esto realmente es difícil de pensar en toda su extensión, podemos acortar el campo y no permitir a la improvisación errores y obstinaciones. ¿Cómo podemos aceptar la utilización de ciertos elementos arquitectónicos de estricta función, como por ejemplo que las rejas de protección en una sociedad insegura como la Edad Media se trasladen, con las fantasías folklóricas de decoradores de ambientaciones, a las nuevas ordenaciones de nuestras costas de recreo, en una sociedad que se mueve con velocidades supersónicas? Solamente una conducta regresiva de acumulación, o una actitud estética reaccionaria, puede justificar y realizar este mimetismo sin contenido con una falta de respeto no sólo a lo que como símbolo significan esas arquitecturas, sino al más elemental trabajo intelectual que requiere toda propuesta arquitectónica.

Hay que señalar también que el concepto dinámico de estas formas populares, la conducta de un esteticismo conservador y los intereses comerciales que manejan este mundo complejo de promoción y diseño de las nuevas áreas de expansión, han delimitado con gran precisión las fronteras hasta donde llegan estos «valores tradicionales», válidos para la programación de los nuevos proyectos, ignorando que lo nuevo, la nueva forma en los arquitectos auténticos «es la consecuencia necesaria de lo nuevo surgido en la vida, elevado cada vez más a la conciencia del hombre». Recuérdese, a título de ejemplo, el estudio de Talie, de F. Lloyd Wright, o el municipio de Sainat-sacao, de Alvar Aalto, y se podrá observar las ilimitadas posibilidades de una forma nueva, desarrollada de forma orgánica a partir de los nuevos contenidos de la vida, enlazando en un eslabón más, tradición, forma y vida.

Las respuestas a una economía industrial

La arquitectura y el arte popular terminan en el momento en que la economía pasa de una *economía de subsistencia* a una *economía industrial*, es decir, en el momento en que el obrero se traslada del campo a la ciudad, el asentamiento del obrero en la ciudad. La destreza artesanal da paso a la capacidad instrumental, la herramienta se transforma en máquina; entonces, la operación «inventiva» termina a nivel de «proyecto», aparecen las arquitecturas de los arquitectos, la intuición es asimilada por la planificación, el área de actuación y los programas se amplían cuantitativamente, el usuario, autor y realizador de una economía de subsistencia se transforma en un *consumidor anónimo* en la economía industrial, sus decisiones son anuladas y su influencia en la producción industrial queda totalmente marginadas; la casa concebida como una forma de habitar simple y bella, entroncada con la tradición de la tierra y de la vida, es sustituida por un producto a usufructuar, en orden a una

programación establecida por el control económico.

El promotor planifica los intereses y las propuestas son elaboradas a nivel de diseño por los técnicos a su servicio. El realismo artesanal es sustituido por un sentido financiero y el arquitecto, en su *status* social no evolucionado, responde con fórmulas de practicidad a crear la ficción de nuevas imágenes, en un carnaval cada día más delirante de inmediatez, ignorancia, vulgaridad y mercantilismo. De esta «arquitectura de consumo», que por todas partes se propaga, estas formas que por su destino tenían que reflejar y reseñar los valores auténticamente populares de nuestros días ¿existen?, ¿o tal vez la explosión final de una clase social como la burguesa ha inundado con su repertorio formal todas las conciencias en un afán neutralizador, frente a la movilidad de las corrientes ideológicas de nuestro tiempo?

Quien pueda observar con imparcialidad el panorama arquitectónico de nuestros días no podrá menos que confirmar su disconformidad como medio ambiente para poder vivir, en realidades físicas y en imágenes. La capacidad creadora se ha reducido a minorías que deben conservar sus trabajos a nivel de croquis, pues su demanda no es requerida por nadie (basta observar la obra realizada por los grandes maestros de la arquitectura moderna—Wright, Le Corbusier, Aalto, W. Gropius—y la de cualquier arquitecto recientemente titulado, para poder comprobar la obstinación que el poder económico tiene frente al mundo de la auténtica creación).

Esta actitud inmovilista es sólo aparente, ya que tiene una dinámica interna, dinámica de movimiento de *status* social; al elevarse el nivel de vida debido a una evolución económica, sucede que determinadas clases sociales son capaces, como consumidoras, de adquirir aquellos signos externos reservados hasta entonces a otros niveles sociales inmediatamente superiores. Esto hace que se sientan adscritos a ese nuevo *status* que no corresponde a un proceso evolutivo cultural, sino que ha sido bruscamente adquirido debido a este rápido proceso económico. Esto presupone un cambio social, requiriendo en éste su nuevo *status* unas formas de vida que aparentemente son inmovilistas, pues se trata de una repetición de aquello que, por un proceso de generación, tenía que haber sido superado. El resultado es una fijación de pautas de conducta inmovilistas, ya existentes, pero expresadas de nuevo como resultado de deseos hasta entonces insatisfechos.

Esta actitud inmovilista, que trata de crear situaciones de compromiso, está orientada hacia una arquitectura que ha de servir a un *status* social recientemente instaurado en el poder económico, baja, media o alta burguesía, o a las aspiraciones del proletariado en una demanda muy semejante. La nueva situación requiere una doble sollicitación ideológica respecto al espacio que va a utilizar. En su repertorio formal se registra el mayor número de símbolos (desde las archi-

tekturas aristocráticas a las eminentemente populares) y un sentimiento estático inmutable del espacio construido, por donde la dinámica histórica no ha pasado, un deseo «moralizador» de eludir la realidad. Esta nueva clase que sostiene, aunque no detenta, el poder económico, ofrece unos bajos niveles culturales, «viven—justamente en lo inmediato de su vida y en la imagen que se forjan de ella—como individuos solitarios, abandonados y puestos frente a sí mismos, replegados en su interior, en medio de una “rebelión de las masas” que hace abstracción de todos los problemas vitales y de una tecnificación universal y uniformadora».

Ante esta imagen parcial del mundo, el arquitecto consciente toma una posición análoga a la del escritor; sus respuestas son expresiones de su propia personalidad y de su actitud individual, pero la expresión arquitectónica, aunque sea elaborada por el individualismo más radical, tiene un sentido muy claro en la relación del hombre con su momento presente. En otras palabras, la de crear un «medio físico» en el destino social de la humanidad.

La revolución industrial inició un nuevo camino en cuanto a relación entre «la idea» y «la realidad». Con una imagen muy clara se anticipa Gropius en su ensayo de Bauhaus: «Cuando cambia la arquitectura como urbanística y la urbanística como estructura de una colectividad articulada, en la cual cada uno se mueve con movimientos individuales, pero coordinados, y con el máximo de una capacidad de creación y de eficacia. Una «sociedad-pueblo» y no una «sociedad-masa».

Basta observar cómo el poder financiero ha transformado nuestras incipientes «sociedades-pueblos» en «sociedades-masa». «La irracionalidad brutal de una política duramente realística y abiertamente reaccionaria—escribía recientemente G. C. Argan—, aliada de la especulación inmobiliaria a la cual ha dado mano libre sobre la ciudad del “pueblo”. Los gigantescos “contenedores de hombres” que estrangulaban en muecas de cemento el corazón “histórico” de nuestras ciudades, son los hornos refractarios en los cuales, día a día, el “pueblo” se funde en una informe colada humana, en una masa informe privada de conciencia histórica y de intención política.»

Esta denuncia de Argan queda confirmada por la realidad experimentada día a día en el entorno que habitamos, y nos aclara una situación en el plano del pensamiento: el de la degeneración de las «ideas» en «ideologías». El primer «racionalismo arquitectónico» concebido en idea degeneró en ideología, en un afán de captar las mentes deformadas de muchos arquitectos, que tomaban posición, al menos emocionalmente, ante la nueva situación en el campo de la creación arquitectónica. Así podemos observar hoy, sobre estructuras netamente decadentes, el lenguaje refinado de un «racionalismo deformado», que gana cada día más adeptos en los grupos de técnicos, en la vana ficción de estar ofreciendo soluciones actuales y de estar al servicio de los principios

que informaron ideológicamente el racionalismo. La negación apriorística de lo «nuevo», con la adhesión instintiva a lo viejo, que caracteriza la lucha de las etapas iniciales del movimiento moderno, ha evolucionado hacia unas tendencias mixtificadoras del medio ambiente. La adhesión hacia formas y modos de vida, que en nada tienen que ver con la realidad, son utilizados de forma capciosa con datos y propuestas de una sociedad de consumo. El *confort*, el bienestar, los niveles técnicos, los nuevos materiales, premisas válidas en sí, son puestas al servicio de unas formas de vida superficiales e indiferenciadas, donde la realidad habitable se desintegra en soluciones de ficciones de *confort*.

Este subjetivismo económico en la arquitectura, mantenido por la iniciativa del pequeño especulador o del gran *trust*, rebaja la verdadera dimensión del espacio habitable a un sucedáneo de naturalismo (la pequeña casa parcelada, etc.), y la verdadera arquitectura es sustituida por esa serie de improvisaciones construidas bajo el imperativo económico que pretende llenar las áreas extensas de la demanda de viviendas o aquellas otras de la representatividad social. La masificación clasista aparece con unos signos de una topología muy clara: viviendas sociales, casas de lujo, apartamentos en la costa..., y una nueva ordenación en *ghettos* está acechando nuestras ciudades y nuestros campos, nuestras relaciones públicas y nuestra vida privada. Nuestra sociedad-masa, mantenida por las estructuras de la economía del consumo, está llegando a degradar al hombre en una mercancía más, los hombres se compran y se venden por los mismos intereses que las letras de cambio. Necesitamos revitalizar el término «evolución social» a su justo y preciso encuadre, es decir, «como un proceso ordenado y racional». La arquitectura que ha surgido en nuestra sociedad industrial está al servicio de los intereses de un irracionalismo sin límites. «La sociedad evoluciona—como ha precisado Gordon Childe—a raíz de la invención individual, posible sólo a partir de las técnicas y conocimientos acumulados en dicha sociedad y sólo asimilable si ésta aprueba la innovación y la reconoce como útil», y nuestra arquitectura ha reconocido la innovación y la utilidad de lo superfluo, de aquello que aparentemente ofrece de progreso, dejando al hombre vacío de su contenido más esencial.

Las arquitecturas populares tienen hoy la vigencia de una actitud eminentemente ética, la enseñanza de cómo unos medios están perfectamente adecuados a los fines a que van destinados, y de cómo la arquitectura de todos los tiempos, incluida la nuestra, debe responder a su realidad histórica. Tratar de utilizar sus recursos formales, por muy válidos que éstos sean, es un fraude a la sociedad de nuestros días, que requiere cada vez más una auténtica educación, que le permita descubrir, sin mixtificaciones ni alardes escenográficos, la verdadera dimensión de una arquitectura habitable, donde la síntesis de «lo útil y lo bello» alcance su plena vigencia y validez.

Urbanismo y arquitectura en una sociedad planificada

Para poder precisar algunos de los aspectos de la forma urbana (la que atañe principalmente al trabajo del arquitecto) es necesario analizar, con la imprecisión que marca todo esquematismo, algunas características que enmarcaron y posteriormente han encauzado el desarrollo de nuestra cultura urbana. Entendemos como forma urbana el resultado de una «realidad urbana» provocada bien por la intuición o bien como resultado de una serie de cuestiones a las que la forma les confiere realidad. En definitiva, obtener el dato forma urbana como imagen de los espacios urbanos que habitamos, «la ciudad como imagen», en expresión de K. Lynch, pues es el poder de comunicación de esta imagen el que confiere y condiciona nuestras formas de vida.

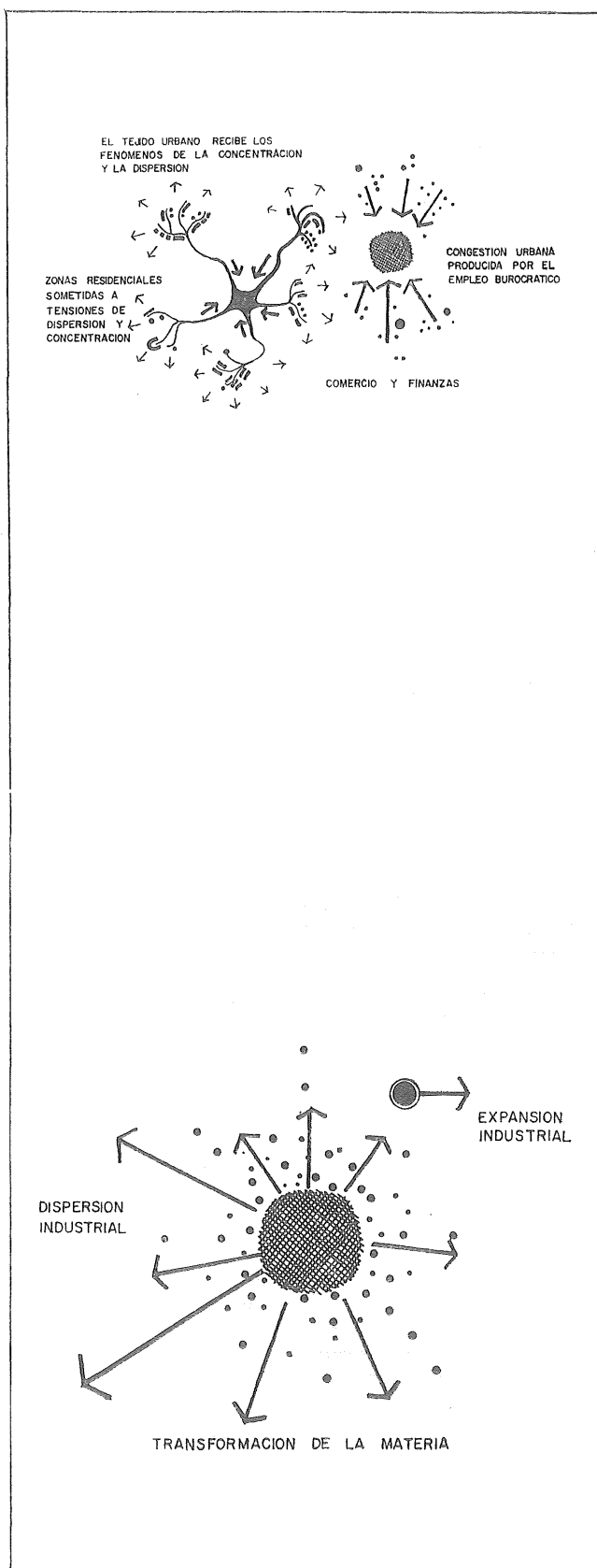
Las bases programáticas en que se asentaban las teorías de pre-urbanismo estaban dirigidas hacia dos modelos culturales muy característicos de los movimientos intelectuales de finales del siglo XVIII y XIX, orientados en las dos versiones características de su tiempo, el pasado (nostalgia) y el futuro (progresismo) recogían en su cuadro mental las imágenes hacia formas urbanas que reclamaban con insistencia la vieja unidad «orgánica» de la ciudad. Este «modelo culturalista», mantenido entre otros por Ruskin, W. Morris, Howard, forjaba una imagen nostálgica de la ciudad, que muy bien podría describirse en términos de Hegel como «la bella totalidad perdida». La forma urbana para estos hombres debería pasar intocable a los efectos de la desintegración industrial. La arquitectura permanecía adscrita a los viejos modelos y una revisión arqueológica inmovilizaba toda operación que no fueran los trabajos de reconstrucción.

El modelo progresista estaba sustentado por el hecho histórico de la revolución industrial. El hombre había entrado en una época donde el bienestar se promocionaba a nivel mayoritario (Owen, Richardson, Fourier, Proudhon). La aplicación de sistemas y órdenes racionales iba a per-

mitir la concepción del ser humano como «tipo». Las funciones humanas estudiadas y tipificadas crearían nuevos modelos de espacios urbanos, el habitat iba a ser condicionado según los estamentos de trabajo, cultura y vivienda. Fourier anticiparía un dato revelador en toda la estética urbana contemporánea, la visualización de nuestras ciudades como impactos estéticos que garanticen una armonía. En su trabajo «Sobre las modificaciones a introducir en la arquitectura de las ciudades», coloca la armonía como el período cumbre. En el proceso del desarrollo de la nueva ciudad preconiza un modelo de habitación colectiva, «El falansterio», talleres, modelos tipificados y una serie de esquemas de una gran rigidez formal, encuadrados en un concepto de ordenación nueva, simple y racional; el concepto de la tipificación aparecía más tarde en las primeras escuelas y lavanderías municipales de Richardson. De esta forma se preconizaba así la ciudad vertical, funcional y plástica.

Proudhon proclamaba una forma urbana más naturalista, «una pequeña casa que ocupe sólo el centro de un pequeño enclave de terreno donde poder disfrutar del agua, de la sombra y del silencio». El concepto de ciudad-campo se abrió paso en las primeras imágenes del urbanismo utópico y de aquel otro que sin programar ningún modelo preciso, encontraba en los pensadores políticos de la época la perspectiva de una acción futura, que crearía sus propios modelos.

Marx y, de una forma más precisa, Engels concebían la ciudad como «el marco histórico» donde tenían lugar los acontecimientos revolucionarios. La ciudad había sido el marco de la «revolución burguesa» y en este cuadro había nacido el proletariado industrial, que tenía que realizar su propia revolución hasta realizar el «hombre universal». A esta imagen de la ciudad no sugerían ninguna valoración abstracta de orden nuevo, la dinámica revolucionaria crea su propia imagen y no puede precisarse con anterioridad.



Aparece a nuestro juicio en estos conceptos una valoración y una contribución muy estimable no sólo en el campo de la sociología urbana (única faceta a la que la crítica urbanística parece conceder importancia), sino también a unas pautas de crecimiento dinámico del tejido urbano, muy de acuerdo con las más recientes teorías de «movilidad urbana», que buscan una accesibilidad mayor de revisión del tejido urbano, inamovible por el empleo y los valores que se le asignan al terreno. Es cierto que tanto en Marx como en Engels la concepción del urbanismo nunca es espacial y que está entendida desde el análisis de desequilibrio demográfico y de las diferencias económicas y culturales que circunscriben a los hombres en las agrupaciones rurales o en las urbanas, pero el valor de morfología urbana que poseen todas estas teorías puede ser utilizado en una revisión más actual y con la perspectiva histórica que nos ofrece el urbanismo preindustrial como modelos experimentales de utopías.

La fase del grupo pre-culturalista del urbanismo había preparado el terreno para iniciar el desarrollo de teorías y realizaciones prácticas, esta vez por especialistas; el arquitecto cobraría una dimensión de urbanista. «El urbanista no es más que un arquitecto», señalaría Le Corbusier. Con la incorporación del arquitecto, la forma urbana iba a cobrar una dimensión en orden a la temática que estos profesionales tenían. No ajenos a las ideas de los grupos intelectuales del pre-urbanismo, marcaban una nueva dirección del modelo progresista. El urbanismo tecnológico ampliaba su campo en un conjunto de soluciones utilitarias y plásticas. Como nos lo muestra T. Garnier, en su obra, *La ciudad industrial*, trabajo ilustrado, que tendría una gran influencia en el primer racionalismo europeo. Su lenguaje aparece aún hoy en versiones de arquitectos suizos con un gran paralelismo en orden a los valores compositivos. Con «l'esprit nouveau», de Dupont y Le Corbusier, la idea de «modernité» iba a usurpar la imagen formal de muchas ciudades. El interés de los urbanistas se desplaza hacia el campo técnico y estético, los aspectos socio-económicos y políticos quedaban marginados por el influjo realmente notable de los nuevos materiales. Los avances de la técnica, la imagen plasmada de las nuevas formas de la revolución industrial, trataban, en su orientación de «estética-progresista», de arrasar su concepción histórica anterior.

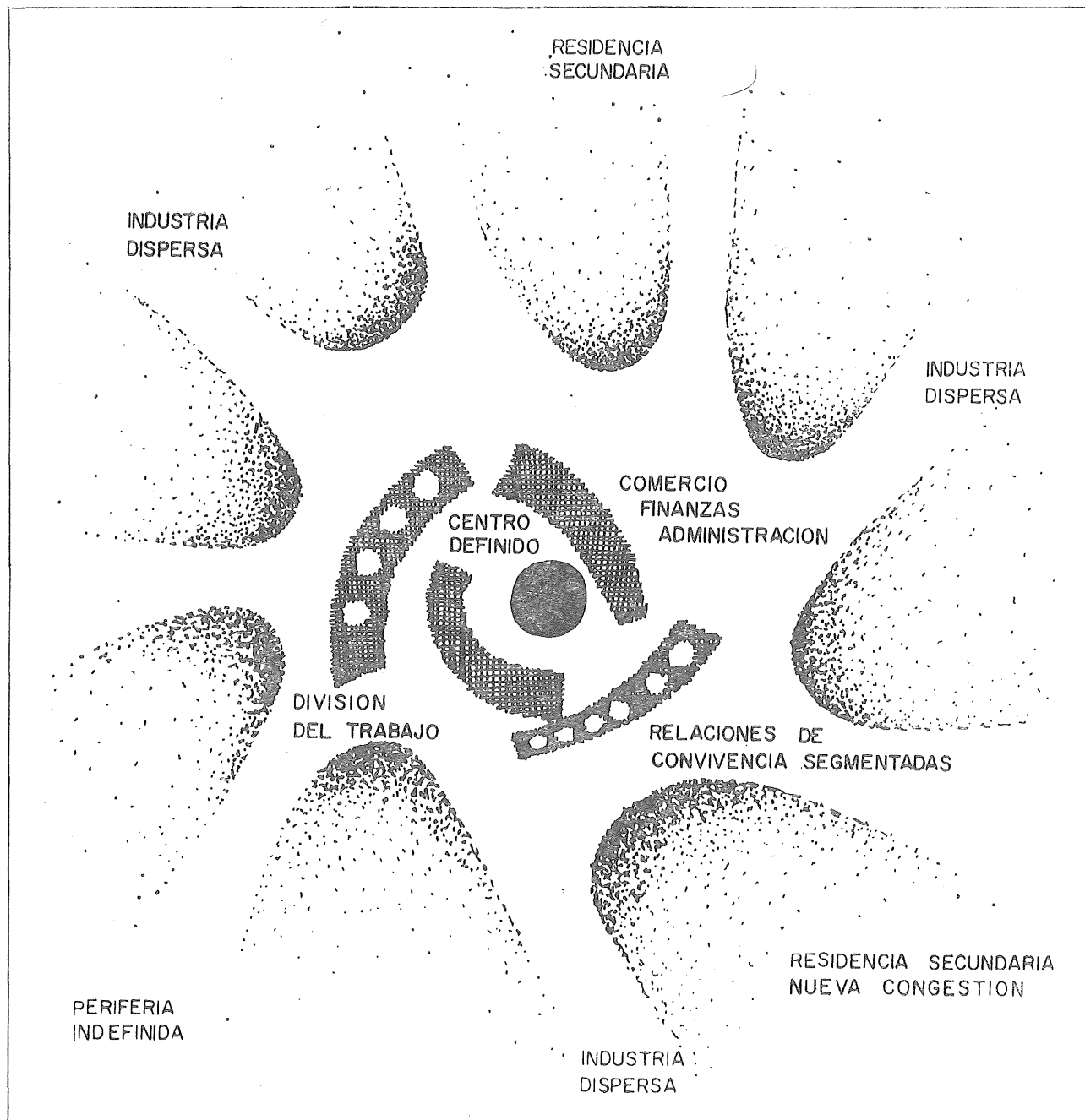
Su expresión formal reúne la ciudad vertical, funcional y plástica, que quedaría plasmada como la imagen del urbanismo progresista; «el corpus cultural» que desarrollaría esta tendencia sería ampliado por los urbanistas holandeses. Las influencias de los grupos de pintores, escultores y poetas como el grupo d'Styl y el «Constructivismo» de Malevich y Tatlin. La paráfrasis ideológica sería recogida en textos de Le Corbusier, la Carta de Atenas y los escritos del C. I. A. M. «El hombre tipo» inspira toda la programación y diseño de estas nuevas formas urbanas y el módulo, como punto de origen para la tipificación se-

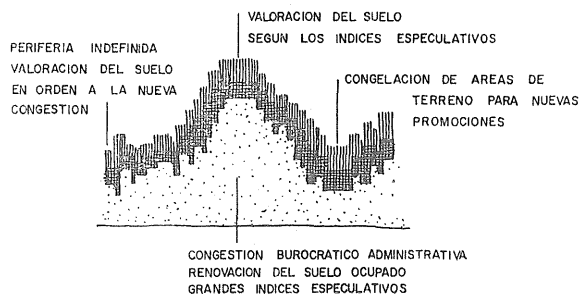
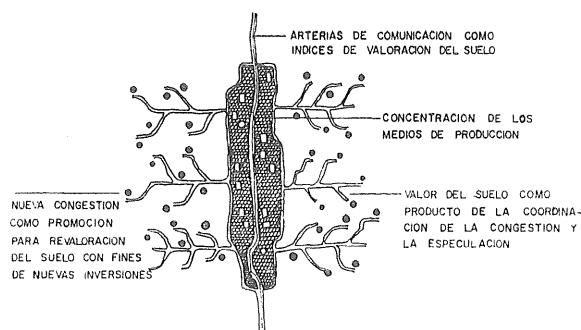
riada, tendría en Le Corbusier su más adicto defensor; la obsesión por la higiene se vuelve una cuestión decisiva a la hora de programar un edificio. El sol, el aire y el verde se hacen protagonistas del entorno urbano.

A un esquematismo funcional había sido sometida la forma urbana en el análisis del «urbanismo tecnológico»; la geometría era el medio de expresión formal más patente en el diseño urbano. Las ciudades se habían transformado en «ciudad-objeto», y más tarde sus diseños nos las mostrarían como «ciudades-espectáculo». «La cultura

—llegó a enunciar Le Corbusier—es un estado de espíritu ortogonal.»

La dura experiencia de las primeras ciudades industriales inglesas, la ascética visión de los «falanterios» o «la ville radieuse», creaban otras corrientes de pensamiento que se acercaban más a las teorías del «modelo culturalista», de C. Sitte y Howard, pero más entroncado con un naturalismo controlado. Estados Unidos, en su gran proceso industrial, iba a crear las imágenes más radicales del urbanismo contemporáneo. F. L. Wright encuadraba la «Broadacre City» en





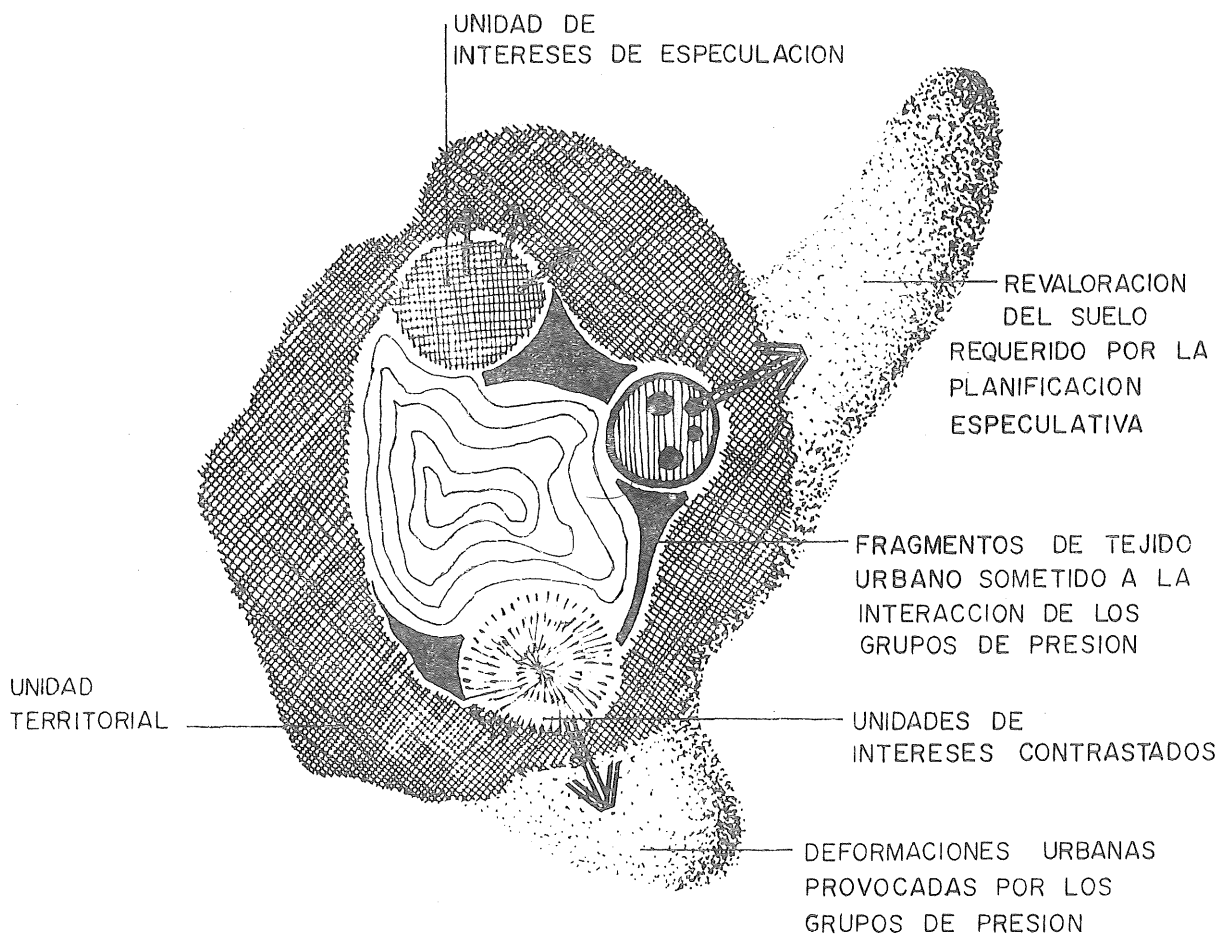
un escenario natural, donde la industria y el descanso tuvieran una armonía restablecedora de energías. Se iniciaba una visión naturalista del modelo urbano.

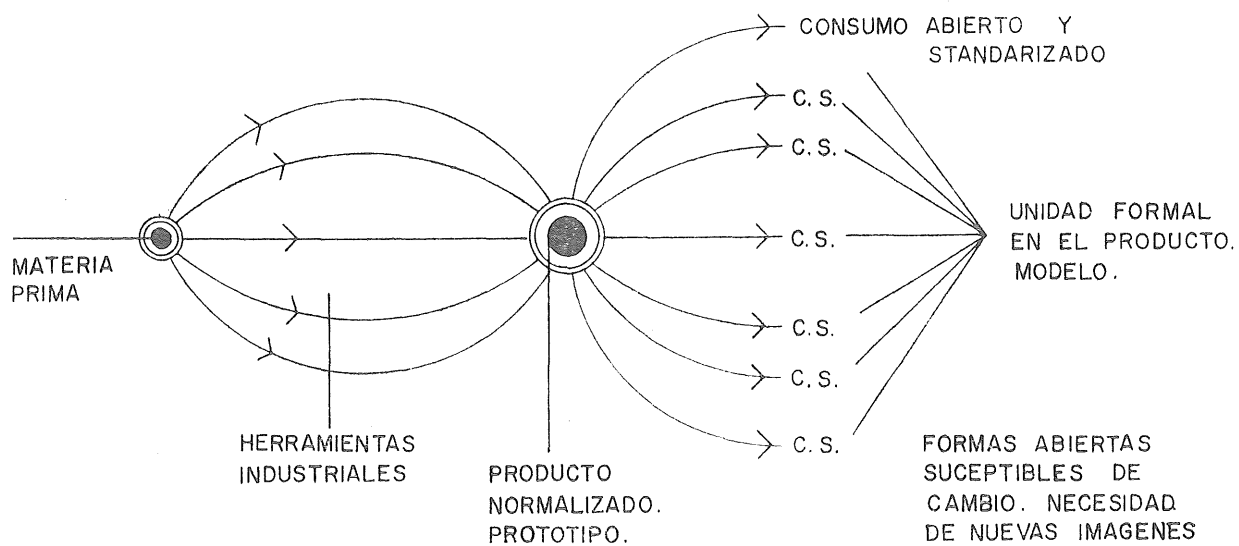
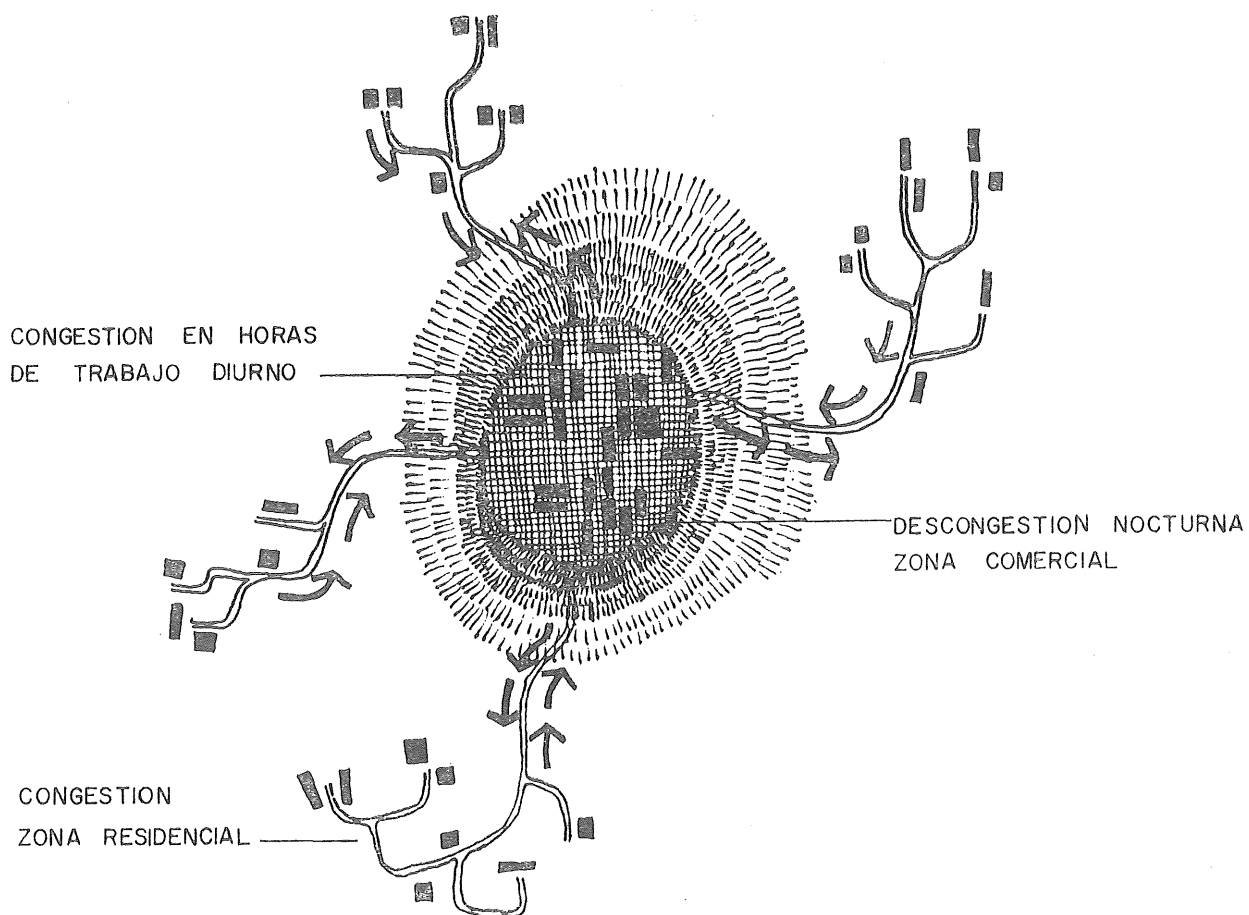
Su espacio es complejo en su diseño, abierto, donde se encuadra el hombre en completa libertad, en una naturaleza generosa, donde la arquitectura se sitúa sin relación alguna, acusando los valores del suelo y acompañando en una forma de homotecia topográfica. La arquitectura subordinada a la Naturaleza, donde ésta se hace protagonista en una planimetría horizontal, señalizada con algunos parámetros en altura plásticamente significativos. Esta proposición urbanística era una solución a mitad de camino de una síntesis rural y urbana; sobre un paisaje en parte elaborado, se introduce todo un implante tecnológico, tratando de crear un espacio donde «el amor y la civilización» estén en perfecta armonía.

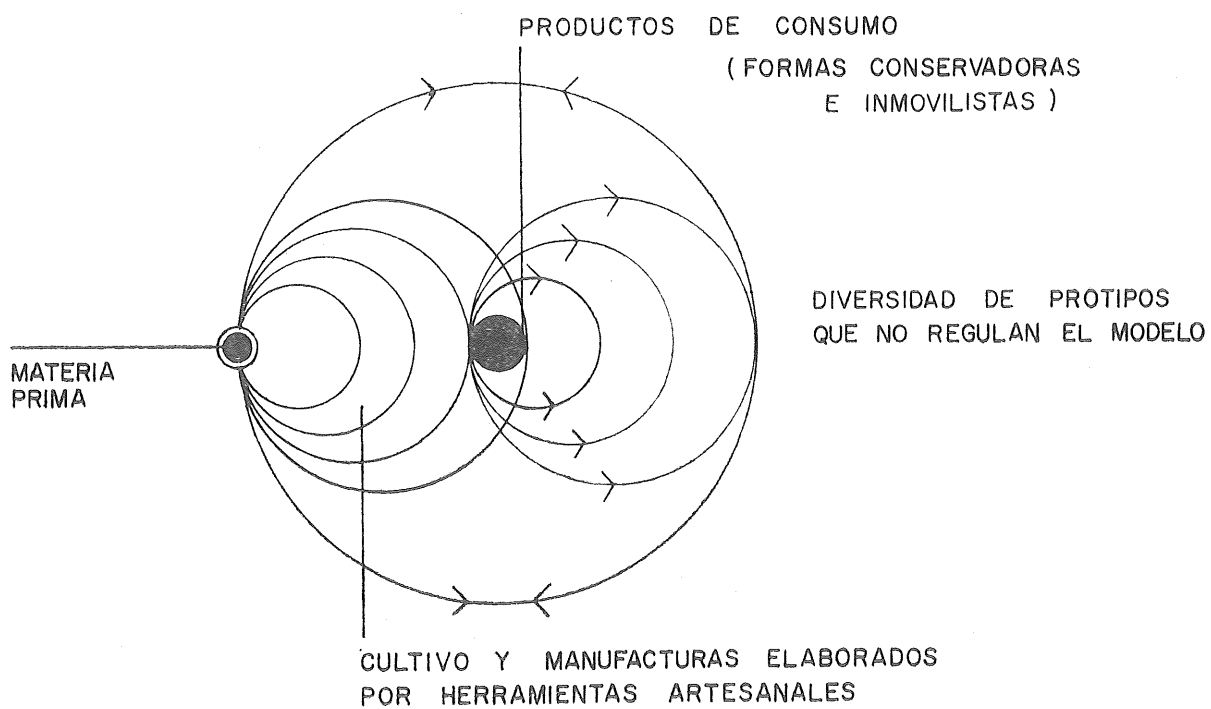
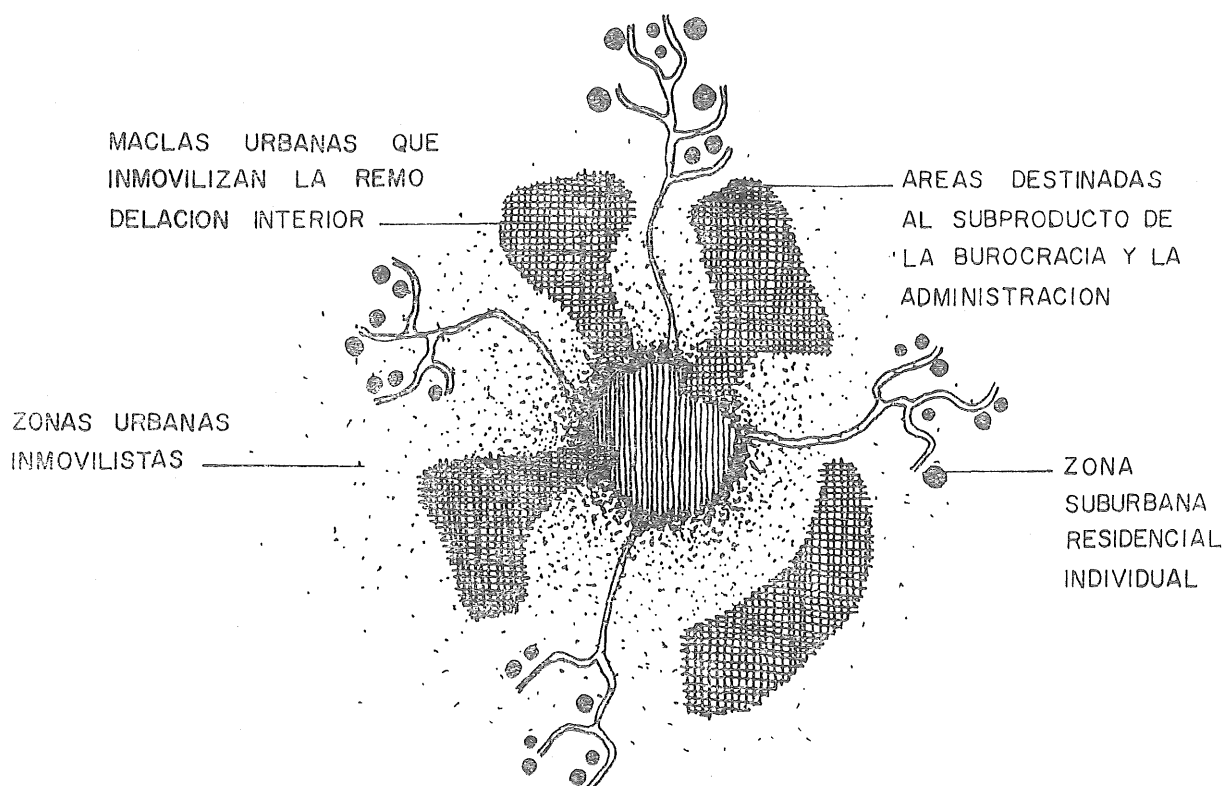
Salvando situaciones históricas diferentes, el planteamiento aaltiano para la remodelación del centro de Helsinki, cobra una dimensión espacial análoga, dentro de un organicismo menos severo. Los edificios son dispuestos de forma aislada dentro del marco natural de zona, un gran espacio verde sirve de preparación a la cornisa de edificios que se asoman al lago, creando una visión espacial de una gran visualización plástica; aparece una vez más la adhesión muy ligada a la topografía.

Las corrientes utópicas, programadas ideológicamente en algunos aspectos en el urbanismo progresista, tienen su dimensión en la actualidad con expresiones de una plástica tecnológica. «Las ciudades verticales» de Maymont, «las ciudades puente» de Fitzgibbon, «los asentamientos tridimensionales» de Friedman, «Marina City» del japonés Kikutake, o las versiones del grupo metalista japonés, el expresionismo tecnológico de Kuno Tange, o las últimas versiones del grupo inglés Archigram, crean una imagen de un urbanismo espacial o tridimensional ajeno a los principios de una conciencia de los principios humanos. Su dimensión visual ofrece soluciones de suelos artificiales, circulaciones suspendidas, medio climatizado, una imagen de un lenguaje plástico y visual. Algunos proyectos de la arquitectura «visionaria» y el «urbanismo visionario» están creando una conciencia falsa del espacio urbano del futuro. «Las maquetas y proyectos publicados —reseña F. Choyz en su antología del urbanismo— satisfacen una necesidad de evasión al hecho diario de habitar nuestras ciudades, que es una permanente frustración.» La utopía como realidad es un método de trabajo válido sólo en aquellos aspectos en que la utopía tiene solidez cultural y capacidad de intuición, pero muchos de estos ejemplos son producto de «la intriga publicitaria» tan característica en nuestra época.

Esta esquemática exposición de las propuestas ideológicas y del proyecto de nuestras nuevas comunidades, han podido ser confrontadas con algunas realizaciones que no invitan a continuar el camino iniciado, los rígidos esquemas de Brasilia o Chandigar poseen en su esencia las proposicio-



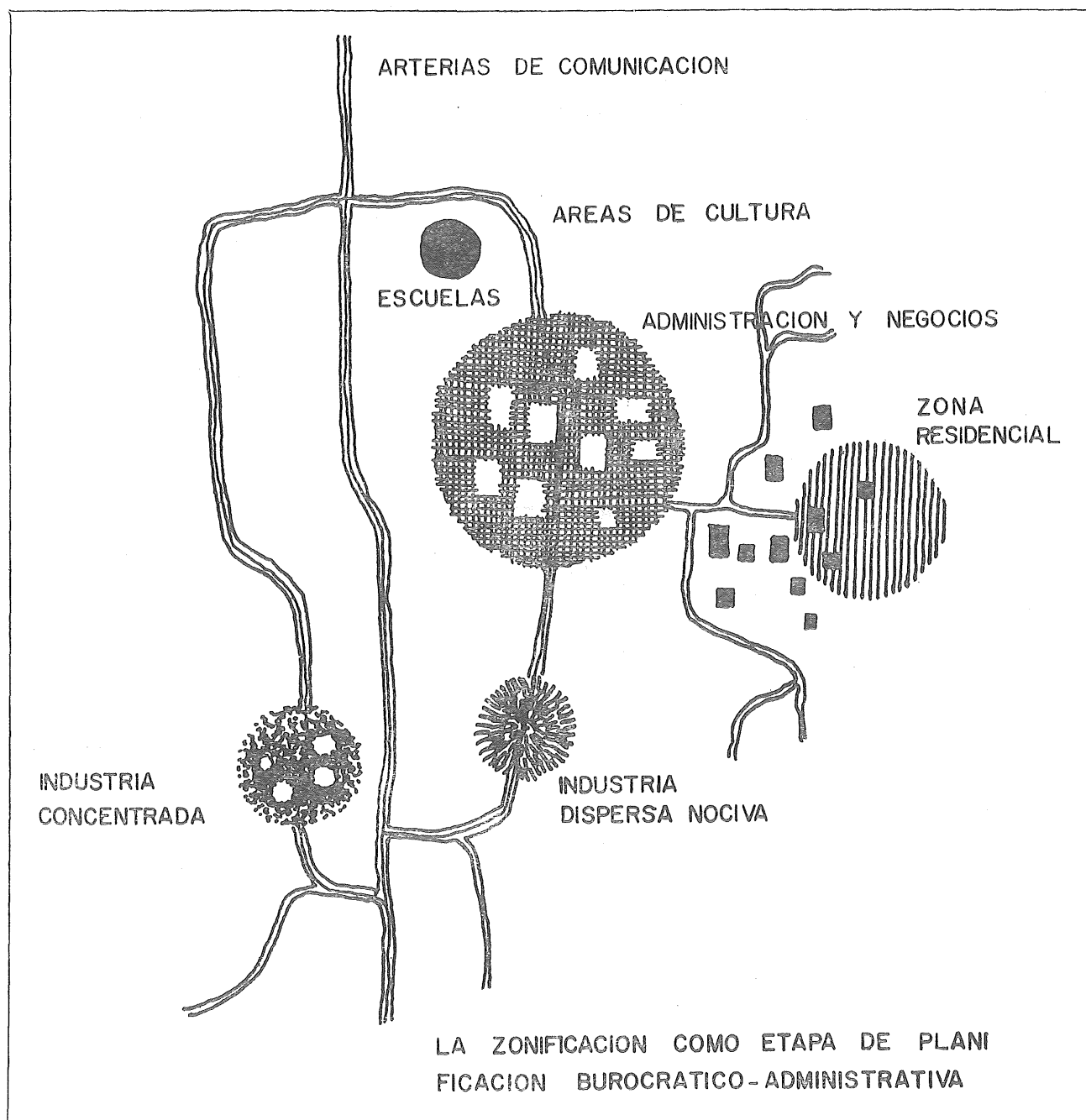


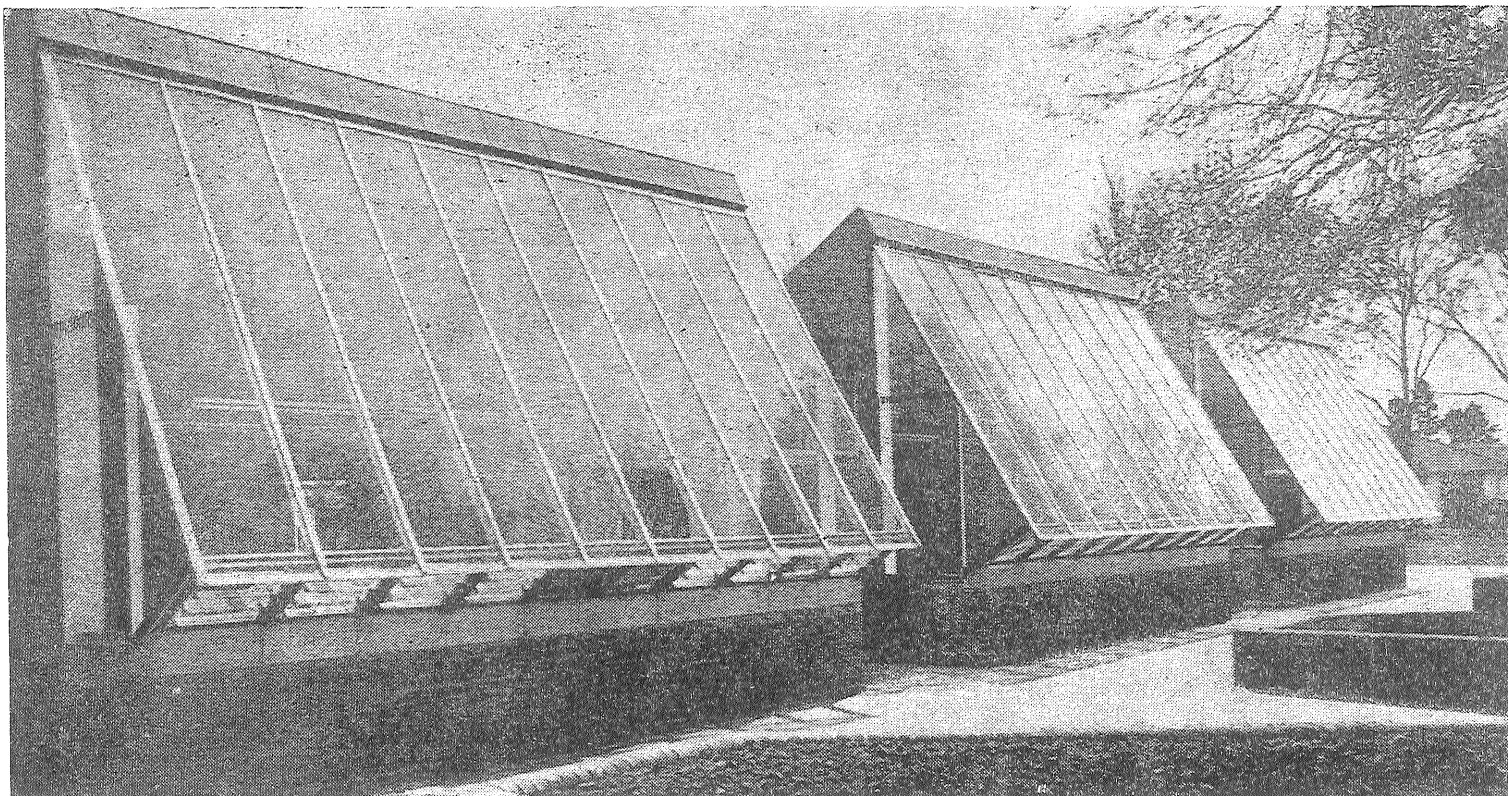


nes reformistas del «pre-urbanismo industrial», sus propuestas realizadas están denunciando una fórmula de trabajo que sigue anclada en el concepto renacentista del arquitecto-artista y sólo le salva la capacidad de diseño que sus creadores han puesto en un esfuerzo de creación plástica más que urbanística, sin reintegrar para nada al hombre concreto en su marco de espacio y de tiempo, en armonía con una civilización, con una comunidad y una época.

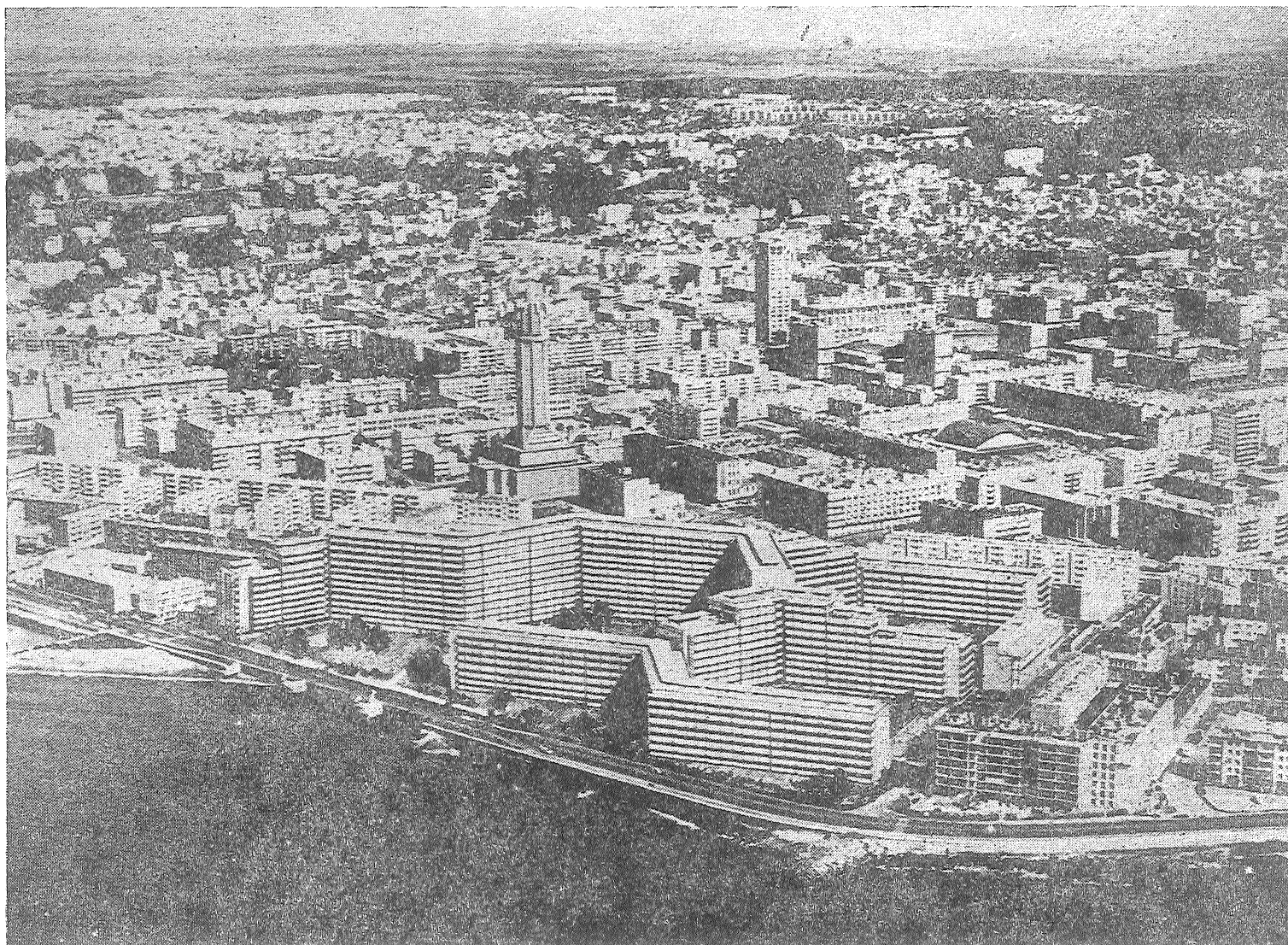
Las realizaciones inglesas y americanas, con sus versiones del *town-planner*, ofrecen una infor-

mación valiosa y una metodología eficiente, muy de acuerdo con el análisis de la aglomeración urbana en una temporalidad concreta, con una obsesión viaria que hace del coche el verdadero protagonista de la ciudad. Las grandes conurbaciones americanas han desplazado el problema a fenómenos de escala regional. L. Mumford, discípulo de los principios de P. Geddes, es un defensor a ultranza de un «polinucleísmo urbano» entroncado con un «naturalismo» de escala regional, muy de acuerdo con la tendencia de la geográfica económica actual.





Cuando la planificación está dirigida y controlada por un sentido comunitario, todos los niveles forman parte de su diseño. Escuela para niños «espásticos» en Thanet (Inglaterra).



Urbanismo sin compromiso, los falsos conceptos de la tipificación, aplicados a un entorno urbano, espacios sin imaginación, la mediocridad avasalla la ciudad.

Necesidad de una cultura urbana

Los problemas marcados por la congestión se han recogido en tres grandes apartados, que intentan reconquistar y ordenar el suelo urbano como función primordial para cualquier proceso en la remodelación o planificación del crecimiento urbano. Estos postulados podrían señalarse en tres grandes apartados: Reglamentación del Aprovechamiento del Suelo, Exacción y Adquisición Pública del Suelo. La política de reglamentación en países poco desarrollados ha constituido un verdadero escándalo; la violación de las restricciones impuestas se ha visto adulterada en muchas ocasiones por los mismos programadores de la ley. No existe mecanismo necesario para poder hacer cumplir la ley, la falta de planificación a otros niveles en estos países orienta y estimula las inversiones hacia el campo más propicio a la especulación, la construcción, situación ésta que impide la adopción de reglamentos restrictivos que puedan frenar las inversiones. La política de imposición de tributos sobre solares, aun en los países altamente desarrollados, resulta demasiado confusa y sus resultados han sido bastante ineficaces. Decepcionada ante los resultados de la reglamentación y tributación, la política administrativa trata de llevar a cabo sus propias inversiones, controlando el suelo de la futura expansión a escala urbana, y en países como Inglaterra, a escala regional. Esta fórmula de adquisición de la propiedad por parte de la propiedad pública parece

ser por el momento en nuestra «sociedad-propietaria» la fórmula que hiere menos la sensibilidad de posesión ante la fiscalización nacional del suelo.

Esta destrucción mítica de la propiedad o, al menos, una configuración más idónea en una sociedad con prerrogativas cuantitativas, como es la sociedad de masas, allanaría una de las imágenes más falsas de nuestra sociedad contemporánea: el acceso a un concepto anticuado de propiedad, las grandes corrientes demográficas de nuestros días llegando a las abigarradas ciudades para apoderarse de unos fragmentos de espacio con el trabajo hipotecado en toda su vida. Este fraude halagador que nos ofrecen las motivaciones del urbanismo económico está lesionando el tejido urbano de nuestras ciudades y marginando la puesta en marcha de muchas propuestas y proyectos que se ven avasallados por una mecánica ciega de intereses sin escrúpulos.

Las tareas que debe relizar la Administración pública, control y programación de bienes y servicios que ha de suministrar, se ven adulterados en sus aspectos básicos. Un principio de autoridad, implicado en los sistemas políticos, que canaliza problemas de *servicio* a la comunidad, en situaciones de compromiso a la tesis política del poder vigente, creando la convicción en la opinión pública de que es la Administración la llamada a gobernar. La complejidad de nuestro entorno urbano actual no puede regirse por situaciones de compromiso, basta observar la decadencia y falta de inoperancia de *las administraciones locales* y *los municipios*, y es oportuno señalar que las corporaciones y ayuntamientos que tienen vigencia, como los ayuntamientos de algunas ciudades inglesas y nórdicas, son entidades más parecidas a centros de investigación que a las rutinarias oficinas de trámites burocráticos y administrativos.

Se impone una revisión del principio de autoridad que garantice la participación de todo ciudadano para hacer sentir su influencia y controlar la gestión. La especialización de nuestra cultura tecnicista ha originado de forma vertiginosa una multiplicación de categorías y una derivación inusitada de especializaciones (1) que incapacitan la comprensión global de los fenómenos, y así, el ciudadano, por una incompetencia cultural no para formular soluciones, que no es su cometido, sino para concebir situaciones, relega su responsabilidad en el experto, entendiendo que por su grado de especialización dispone de la verdad ob-

jetiva. Esta ausencia y renuncia a ser protagonista del medio está provocando esta «des-socialización del individuo», y las formas de convivencia humana están sufriendo la crisis más profunda de su existencia.

La enfermedad de nuestras ciudades comienza a ser un hecho, adormecido y camuflado por cien mil estupefacientes. La ciudad es un auténtico arsenal donde poder encerrar el poder político, financiero o tecnológico, y su tejido urbano ya no dispone de recursos donde poder albergar y canalizar la congestión y la expansión. En la conciencia colectiva del ciudadano se ha producido una inversión de valores, los procesos tecnológicos son considerados como algo independiente y autónomo de las necesidades humanas, y no extraña el poder comprobar cómo la ciudad sacrifica los últimos rescoldos de convivencia ciudadana en aras de una tecnología incontrolada, y como estrenando aún sus efectos, trata con una actitud irracional de recabar modos y modelos del pasado, intentando acallar la magia tecnológica en lugar de controlar y racionalizar su potencia y capacidad científica.

Sobre la conducta emocional de los predicadores apocalípticos o los falsos profetas de la teoría urbana, que tratan de dulcificar nuestro ambiente con regresiones victorianas o alucinantes historias de ciencia-ficción, es hora de encararse haciendo realidad el hecho de que la vida y el crecimiento no dependen de la falta de condiciones negativas, sino de un suficiente grado de equilibrio y de un suficiente grado de energía constructiva. Es hora ya de comenzar a conmover la enmohecida conciencia ciudadana de nuestras comunidades, la necesidad de hacer protagonistas de sus vidas, de fomentar las condiciones para un desarrollo más elevado de su capacidad racional, de descubrir en la cultura ciudadana de hoy día las relaciones más fundamentales de la convivencia humana. Sin este grado de interacción, sin la necesaria presencia del «otro», la conducta colectiva se hace intolerable.

Con bastante frecuencia se utiliza el valor simbólico de las formas arquitectónicas para crear-nos la ficción de un modelo ambiental, ignorando un hecho fundamental que es disociar el contenido de la forma. Pretender que unas formas arquitectónicas, más o menos elaboradas, ajenas al protagonista, van a ser válidas, es disociar el contenido de la forma, relegando a puro objeto estético lo que la arquitectura tiene de adecuación humana, pues quien imagine al individuo aislado de su ambiente incurre en una ficción teórica, ya que ser vivo y ambiente están situados en una relación de correspondencia, formando un todo polar. Gran parte de la angustia que experimentamos en nuestras ciudades está provocada por la falta de comprensión del medio ambiente, en la imposibilidad de comprender su lenguaje que desemboca en una mitificación de los signos y símbolos urbanos. La tensión perceptiva, la ausencia de una identidad visual, la monotonía y rigi-

(1) La especialización, en su planteamiento analítico, escinde el problema en una serie de variables, cuyas soluciones por separado pueden ser válidas, pero inoperantes para el conjunto como totalidad, pues este conjunto tiene una significación muy distinta. La suma de todas esas soluciones parciales no sirve; cuando estas variables forman un todo es necesario saber el grado de interacción que tienen entre sí; la especialización a veces es un obstáculo para ello, se olvida de una visión gestáltica de las situaciones.

dez, la ausencia de elasticidad que reseña el tejido de nuestras ciudades, son muestras más que patentes de la falta de potencial creativo, de arquitectos y urbanista que, salvo singulares excepciones, no han sabido potenciar poéticamente la capacidad creadora de nuestra convivencia en grupo. Es cierta y exacta la dura crítica de un historiador contemporáneo al denunciar el compromiso de fraude contraído con la sociedad por parte del arquitecto contemporáneo; «mixtificadores de la nueva ciencia, aduladores tardíos del progreso, expertos en la semi-ciencia y propagandistas emotivos del pensamiento social» han hecho posible el cuadro lamentablemente triste que tenemos que habitar.

Con bastante frecuencia se requiere del artista la búsqueda de los valores escondidos en los miembros de la sociedad, de forma que pueda estimular a descubrir y disfrutar cuáles son las propias ideas sobre la vida. No creo que las épocas anteriores necesitaran tanto de una orientación y unos estímulos con que poder iniciar los esquemas más esenciales de unas formas de vida; de aquí la necesidad de sustituir viejos estamentos cuya operatividad está consumada. El enriquecimiento social visual y plástico de la sociedad de masas no puede estar mantenido por arquitectos y artistas del trámite o del mercader sin escrúpulos, sus respuestas no pueden estar mantenidas sólo por los criterios de la eficacia sustentando una técnica que sólo admite estos postulados. Tendremos que puntualizar con Merleau Ponty, que «es EL SISTEMA el que suscita una clase de hombres que no pueden mantenerse en vida sin negar la condición de mercancía que se les ha asignado». No es, pues, de extrañar que la reconsideración de nuestro entorno, el ámbito donde se realizan nuestras relaciones, esté dañado en sus fundamentos. Nuestras ciudades crecen según los principios que marca la mercancía, la especulación y el consumo.

Toda esta serie de consideraciones nos lleva sin duda a programar y difundir una cultura urbana que esté marcada por un conocimiento racional de nuestra sociedad de masas. Se necesita no sólo una actitud de protesta que canalice las denuncias de nuestra sociedad, sino también una reestructuración de los métodos de trabajo. Las formas de vida democráticas requieren de una programación más racional y científica, que pueda anular los supuestos irracionales que sofocan nuestro ambiente. Es necesario crear un cuadro de interrelación que pueda transformar el medio en una entidad racional y poéticamente habitable. Es decir, la ciudad que recoja la variedad de tipos, factor esencial de la imagen urbana, espacios que proclamen la nueva estética del crecimiento y el cambio, la ciudad no planificada en función únicamente de su esquema en movimiento, el cual es virtualmente un fin en sí mismo.

Si tuviéramos que resumir algunos de los aspectos a nuestro juicio más esenciales para un reajuste de nuestras actuales formas urbanas, lo expresaríamos en los siguientes apartados:

1. La forma urbana no debe nacer de una concepción esteticista, su análisis requiere un método más científico en el sentido de que los condicionantes que la integran tienen una base que podría encajarse en una «antropología de la REALIDAD».

2. La forma urbana debe tener un carácter transitorio, los valores fijos que se le asignan al uso y DESTINO de la forma urbana crean una ciudad cerrada, fija e inamovible, que la hace inoperante como forma contenedora, ya que los supuestos que rigen nuestras pautas de convivencia y sus usos son dinámicos, variables y de constante cambio.

3. La forma urbana no debe fundamentarse en los viejos conceptos de LA REPRESENTATIVIDAD, sino en imágenes arquitectónicas socialmente válidas.

4. Su expresión arquitectónico-urbanística debe ser producto de un análisis específico del espacio, que habrá de estar relacionado con el uso y las necesidades de la naturaleza humana.

5. La ciudad en sus expresiones formales deberá ser producto de las necesidades colectivas de la comunidad, y no abstractos esquemas de sus rígidos planificadores.

6. Las soluciones parciales que acometen los reformadores urbanos están en función de las provocaciones que suscitan los «bienes de consumo», no habiéndose establecido una planificación en paralelo de PRODUCCIÓN, uso y CONSUMO.

7. La forma urbana de una gran parte de las realizaciones contemporáneas no ofrece más que artificiosas imágenes superficiales, muy próximas a la depresiva y deplorable uniformidad con que nos obsequia nuestra sociedad-consumo.

8. La ciudad, cuando ha sido propiedad de una minoría religiosa, política, financiera..., sus formas urbanas hacían patente su propiedad, la ciudad de la mayoría permanece reducida a formas elementales casi siempre vulnerables, su resultado es una ARQUITECTURA INCONGRUENTE Y UN URBANISMO ATROZ.

9. La ciudad hacia la que vamos es la ciudad de una propiedad universal, de la «gran mayoría», este desconocimiento de la «gran mayoría», condiciona el que se siga operando con la abstracción del espacio y el tiempo y no en orden a los principios básicos de una «realidad antropológica».

La ciudad como expresión de la colectividad

La convivencia diaria que observamos y sufrimos en el área de nuestras ciudades y metrópolis nos va ofreciendo cada día una panorámica más exacta y real de lo caótico e incómodo que está resultando nuestro entorno urbano, de lo abrumadoras que comienzan a resultar nuestras ciudades. La crítica se orienta con ánimo pesimista hacia el porvenir de lo que serán nuestras monstruosas ciudades, con millones de seres buscando unos espacios para la convivencia.

«El criticar la ciudad es cosa muy fácil—reseñaba el sociólogo y urbanista americano Kelvin Lynch—; lo que no resulta tan fácil, porque no se halla a la vista de todos, es descubrir sus potencialidades, que provienen no sólo de la calidad de la íntima disposición del marco físico—la casa y su vecindario—, sino de la forma de la ciudad en su más amplia escala.» Nuestra aptitud para poder ver la imagen de la ciudad ha sido preparada durante mucho tiempo como un aspecto cerrado, concepto diametralmente opuesto a la dinámica propia del crecimiento del grupo humano. ¿Cuáles son las razones y qué circunstancias están favoreciendo el crecimiento de estos núcleos urbanos de forma tan negativa? ¿Dónde se desarrolla y protagoniza la vida de la mayor parte de la Humanidad?

En parte, la respuesta se puede encontrar formulando la siguiente proposición: ¿Quiénes deciden y realizan el medio ambiente? ¿Quiénes programan, promocionan y dan forma a nuestras ciudades? Equipos comprometidos con intereses parciales, soluciones monopolizadas por requerimientos marginales. Si los componentes más esenciales de una comunidad pueden concretarse en el grupo de ciudadanos, la Administración y los técnicos, ¿en cuántas ocasiones se pide opinión al verdadero protagonista de la realidad ciudadana? Los sectores de la Administración y los técnicos pueden llegar a un mutuo acuerdo canalizando los problemas desde sus respectivos cometidos; sin embargo, el ciudadano no dispone de medios, esquema representativo, fórmula viable, para poder esgrimir sus necesidades ambientales a la hora de formular y progresar una actuación urbanística que afecta a lo más esencial de su vida privada y pública.

La forma urbana, es decir, la configuración adecuada y racional de unos espacios habitables no llega a definirse y configurarse porque una burocracia endémica y por naturaleza estacionaria y rígida parcializa cualquier acción programada. Esta denuncia, implícita en gran parte de la mentalidad de los urbanistas, intenta justificar su incapacidad para acometer un problema que trata de resolver sin introducir todas las variables esenciales de la comunidad.

El poder burocrático, una de las dictaduras más auténticas de nuestra sociedad industrial, ha logrado infundir su capacidad de evasión a los niveles tecnológicos. Basta con observar la falta de compromiso y responsabilidad que se advierte en las respuestas y soluciones que el técnico

formula ante los problemas de la comunidad. Al cortar su capacidad creadora, el espíritu burocrático imprime la rutina ideológica que caracteriza el poderoso engranaje de la Administración, confiriendo mayor prioridad al trámite que a indagar cuáles son las respuestas adecuadas y socialmente válidas.

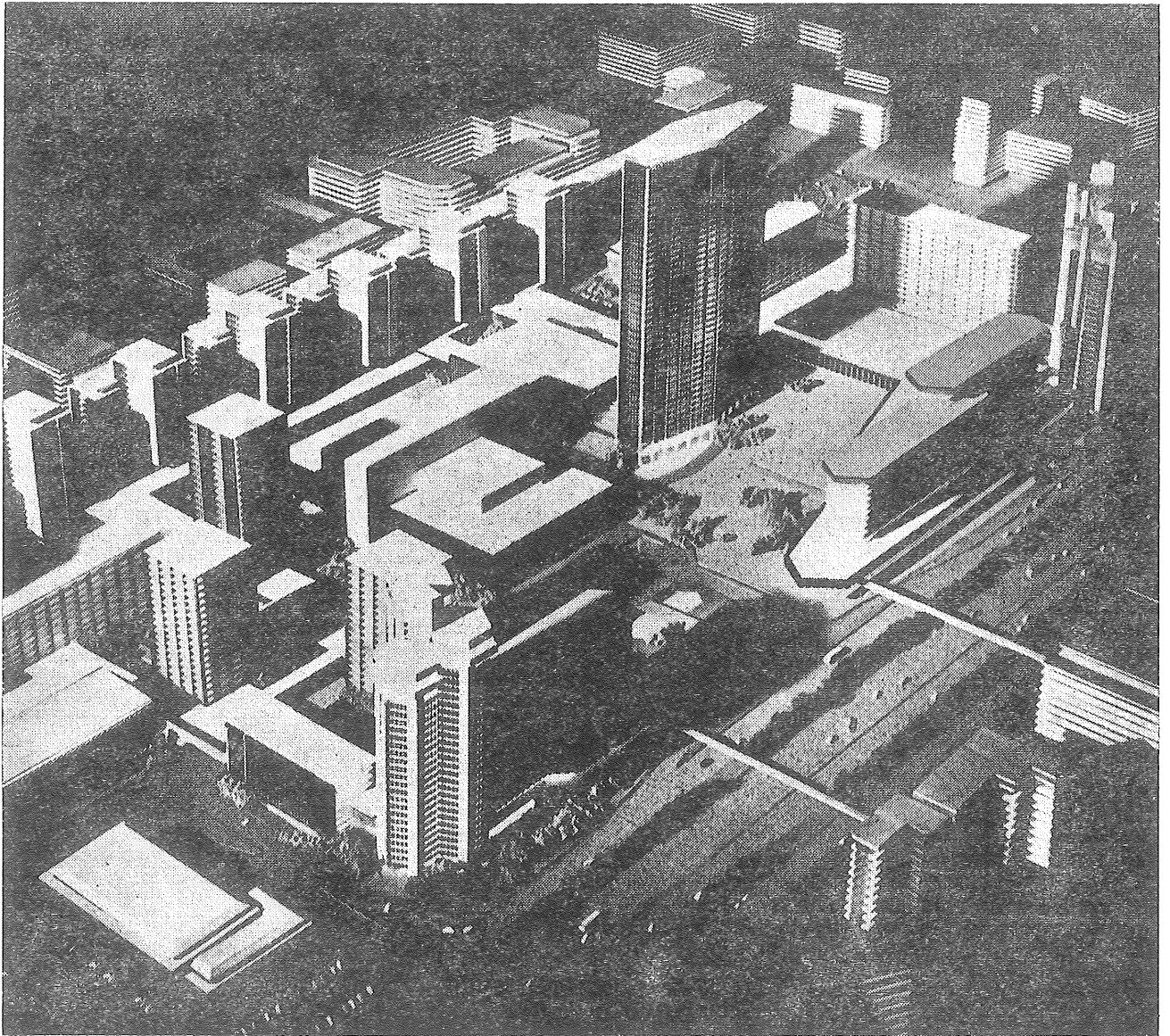
Existe, por otra parte, una falta total de política urbana. El principio de autoridad en materia urbana está montado sobre esquemas de un poder ejecutivo y no a niveles de discusión. La falta de cultura ciudadana respecto de lo que puede y debe ser la ciudad le impide al ciudadano una discusión a nivel de debate, y así, todas las premisas sociológicas terminan en esa especie de paternalismo pseudocientífico que configura nuestro medio desde la habitación al ambiente urbano, desde la región al territorio, desde nuestra intimidad a nuestra convivencia comunitaria. Se hace preciso reconsiderar los postulados teóricos y prácticos de que disponemos hoy y buscar los medios necesarios para ilustrar al ciudadano en unos conocimientos básicos culturalmente válidos, porque la ciudad que siempre ha sido el escenario de los movimientos más positivos de la Humanidad y ha constituido el recinto fundamental para llevar a cabo la revolución industrial, se está desarrollando en nuestros días por unos cauces que no representan ni significan los postulados esenciales de aquella revolución.

Las corrientes más actuales de la antropología nos están planteando la necesidad de equilibrar una sociedad pluralista, articulada física y socialmente, y que el medio para llegar a este resultado debe provenir de una serie de articulaciones cuyo progreso de decisiones no puede ser arbitrariamente impuesto. Este concepto pluralista ha sido recogido por algunos teóricos urbanos no de forma concreta, pero analizado en soluciones parciales con el hombre de «plural planning», intentando recoger programas y especialidades diversas que intentan ofrecer soluciones de un planeamiento alternativo en orden a sus posibilidades de acción. Es un urbanismo estratégico, donde la táctica decide sobre la investigación, corriente ésta muy favorecida por algunos urbanistas ingleses y americanos en algunos trabajos de remodelación y planeamiento de nuevas ciudades.

Si los primeros ensayos de los conceptos de «la teoría del pluralismo» no han tenido los resultados deseados en la ciencia urbana, radican en parte porque esta ciencia urbana no está definida ni estructurada como tal. El profesional del urbanismo proviene en gran parte del campo de la arquitectura, actividad ésta imbuida más por un liberalismo esteticista que por programar y consolidar de forma racional el medio ambiente. Junto al arquitecto, el economista primero y el sociólogo después nutren de forma primordial ese

frente profesional que intenta configurar el medio; cada uno con el peso específico de sus teorías sugestivas, su acción altamente informada de datos, empíricos unos y de interacción otros, preparan los condicionantes básicos para el trazado urbano, el diseño urbano. Las formas que nacen en la ciudad actúan sin poder desentrañar la realidad de un habitat comfortable y válido. En definitiva, los resultados que nos ofrecen los urbanistas—englobando en este término todo el grupo profesional y político que actúa para configurar nuestro entorno—son propuestas y realizaciones parciales deformadas en su mayor parte por presiones ajenas a la auténtica ciencia urbana, presiones que provienen más de las ideologías del momento que de las leyes lógicas de esta ciencia. Existe una auténtica sugestión por diseñar ciudades para «el crecimiento» y no un deseable reajuste del «presente», ciudades creadas y diseñadas para el crecimiento y no ciudades programadas y diseñadas para «el control».

Durante mucho tiempo se ha pensado y se sigue pensando que una ciudad sería habitable si en ella trabajaran arquitectos dotados, virtuosos del objeto que nos configuran casas-objeto, museos-objeto, calles-objeto, escuelas-objeto..., pero se ha empezado a sospechar que se requiere algo más que ese virtuosismo del objeto. «El modelo ha dejado de seducirnos—escribía el profesor Tomás Maldonado—; hemos descubierto que, en definitiva, éste ha sido el modelo preferido por todos los despotismos, ilustrados o no. Han buscado en todos los tiempos crear un entorno en el cual se exaltase el orden formal de los objetos, pero se ignorase—o se pretendiese ignorar—el desorden real de los hombres.» Existe como una torpe inclinación por parte de quienes se responsabilizan en la teoría y en la práctica del ambiente de separar el «entorno físico» del «entorno social». En el entorno físico, las cosas pueden ser cualificadas por la experiencia que se haga de ellas, y en esta experiencia vivencial está implícito el fenómeno cultural; es, pues, en este proceso de «significación» que tiene el entorno para el hombre como ser social, donde el medio físico pasa a ser entorno social. «Las cosas que rodean a los hombres y los hombres que rodean las cosas» forman un todo único. Estos supuestos, base de la teoría unificada del entorno, serán en un futuro próximo los canales más positivos para un encuentro efectivo de los graves problemas que pesan hoy sobre esta ciencia urbana, que no dispone de una doctrina coherente que haga eficaz un método de diseño ambiental más racional y coherente que la grotesca falsificación de nuestras grandes e importantes ciudades. Hace ya más de sesenta años que Patrik Geddes—pionero del urbanismo moderno—reclamaba con insistencia la auténtica necesidad de mejorar al hombre y su entorno, pero, de forma simultánea, crear en definitiva un espacio para la realidad comunitaria de nuestros días.



Imágenes colosalistas de un urbanismo en expansión, modelos sobre esquemas formales que garantizan un atractivo visual halagador, la congestión como progreso, retóricas que encubren intereses parciales, difíciles de coordinar con las demandas reales de la comunidad. Modelo para el nuevo centro comercial en Madrid.

Aspectos críticos de la congestión

Parece evidente que la vida urbana en su desarrollo no controlado ha provocado la destrucción de los cauces naturales de crecimiento y el ambiente está vulnerado en sus principios más básicos. Cabría preguntarse si el cuadro o el entorno de la vida del hombre de hoy y de sus comunidades ha de ser un espacio urbano dentro de la imagen que de este espacio hemos heredado. Sea cual fuere el resultado de la nueva imagen de la comunidad humana, es evidente que existen algunas fuerzas que están provocando el cuadro desolador que soportamos. ¿Existe, por otra parte, una técnica capaz de afrontar estos problemas? ¿Existe, en realidad, la necesidad de expresión en nuestras colectividades de crear una imagen real, de aclarar el verdadero espacio urbano de nuestra sociedad de masas? Creemos que, aun dentro de lo problemático y aventurado del diagnóstico, hay signos que están patentes en el análisis de la patología de la forma urbana.

Análisis de la congestión

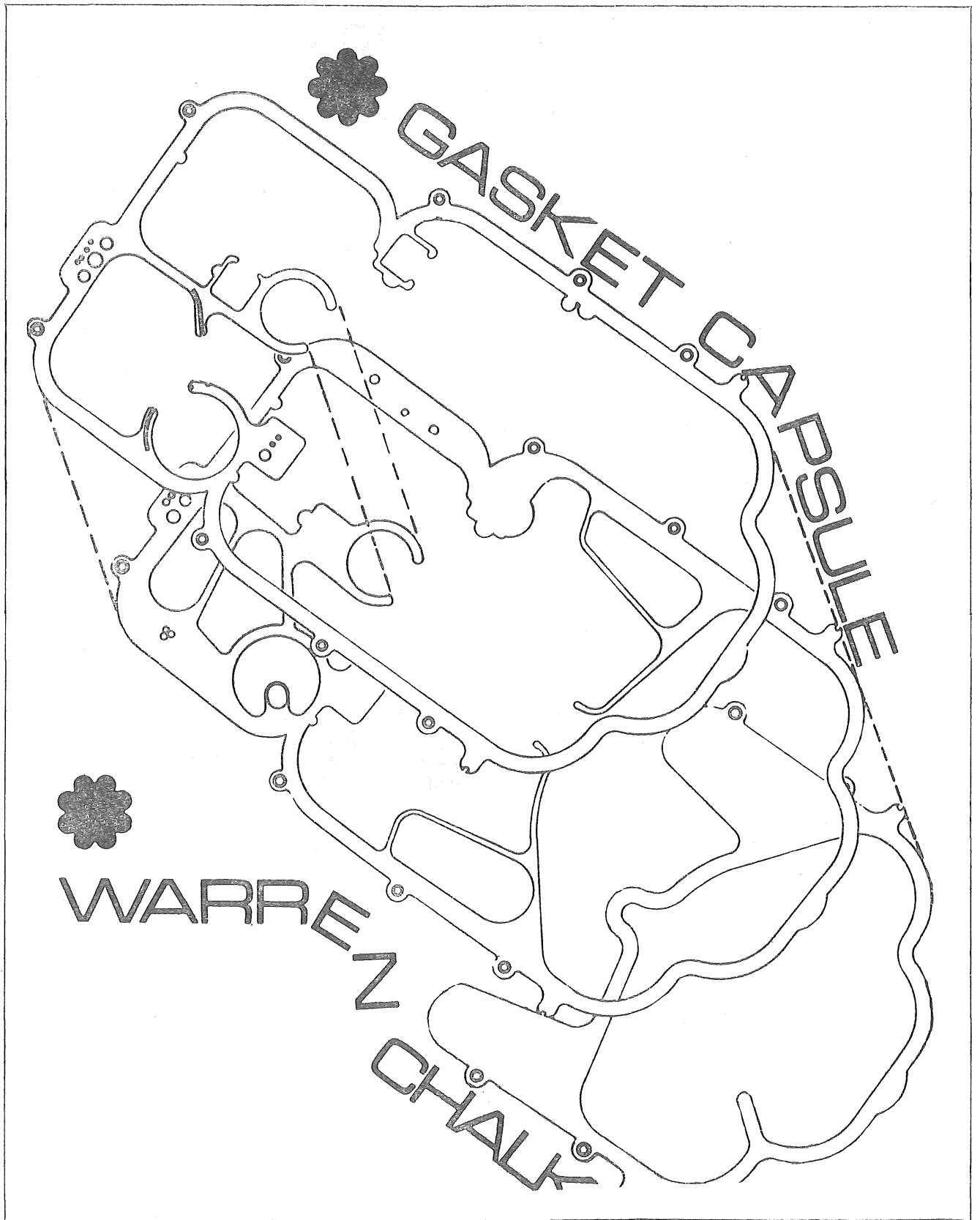
Las grandes concentraciones urbanas, la *industria* y la *burocracia*, ofrecen dos fenómenos contradictorios en las pautas de crecimiento de estas comunidades. La ciudad se desintegra en dos po-

los de crecimiento con leyes diferentes cada uno, dentro de un mismo ritmo de desarrollo. *La congestión burocrática* crea una tensión en cuanto se refiere a la organización interna de las ciudades. Por un lado, la extensión de las zonas suburbanas residenciales, los denominados núcleos de halagadoras «formas nuevas de vida»; por otro, el papel centralizador que en el futuro tendrá que desempeñar el distrito comercial y de negocios.

La congestión burocrática polariza sus actividades de una forma centripeta; la congestión industrial, de una forma centrífuga. Dispersión y concentración, dos fenómenos que en su encuentro anárquico reflejan el tejido urbano por donde a diario discurre la vida del ciudadano.

Los problemas de la congestión

Los graves problemas que planteaba y que sigue manteniendo en nuestros días una estructura «burocrático-administrativa», desdoblado el espacio urbano en dos áreas de funciones distintas, trabajo y residencia, introducía el concepto de «movilidad» como una variable dependiente, medios de transporte que permitieran un desplazamiento rápido. Este concepto fue en orden cre-

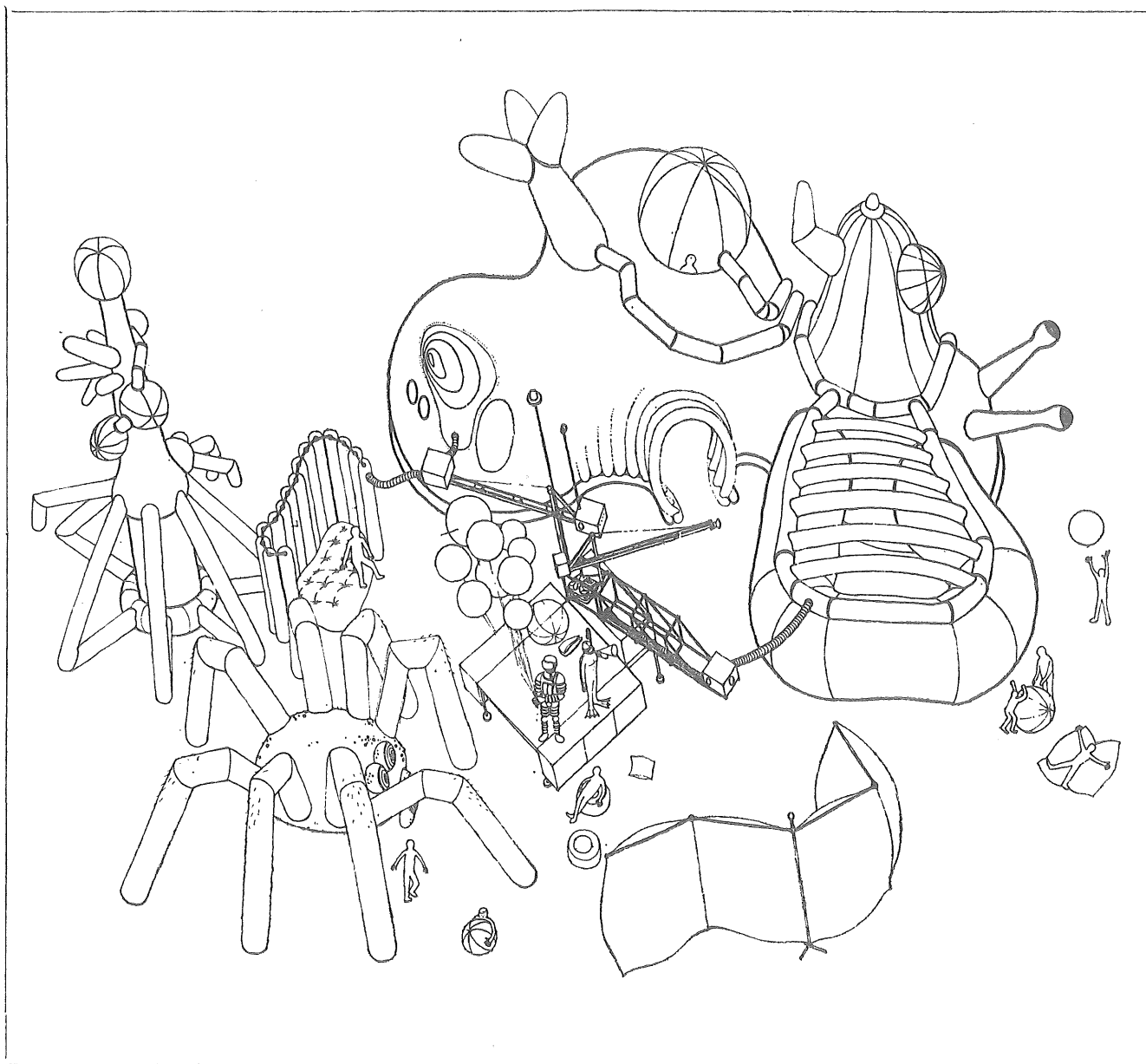


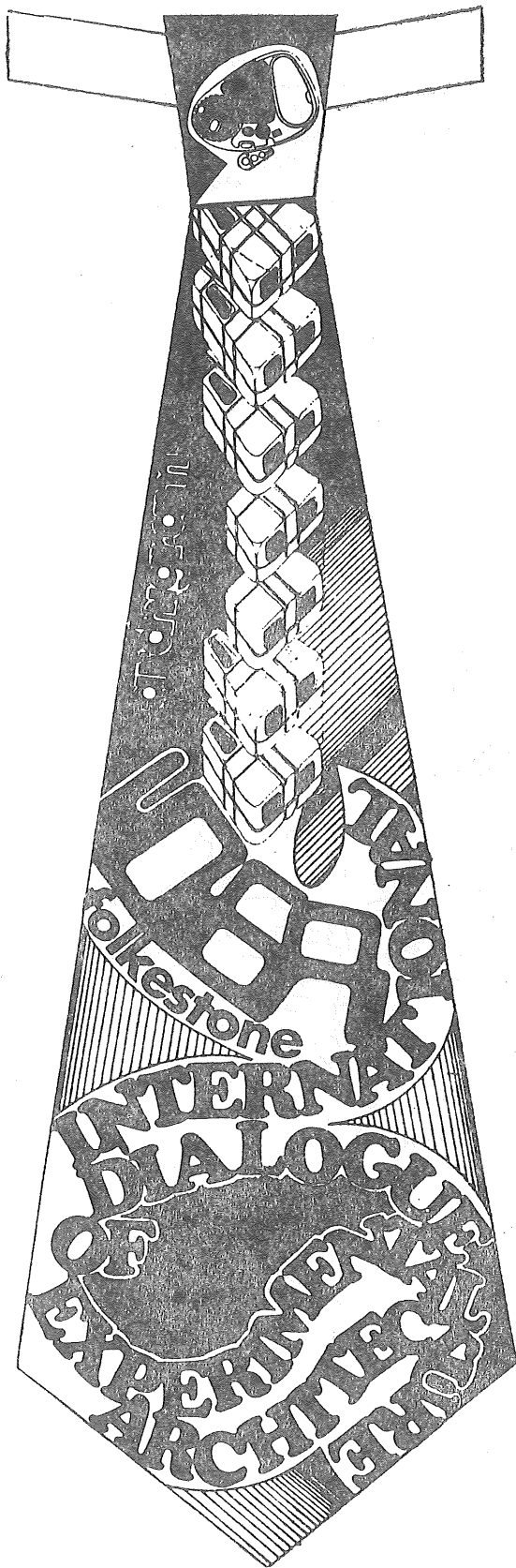
ciente desde los medios de locomoción más lentos a los más rápidos—tranvía, automóvil, suburbanos, elevados...—. La necesidad de concentración en una economía de libre competencia adulteró los índices del valor del suelo y éstos aumentaron a unas cifras que han creado formas nuevas de inversión.

El capital, con una mecánica en principio individualista, se ha agrupado en un fenómeno paralelo al de la concentración urbana; aparece el *trust*, el grupo de presión, la inmobiliaria financiera..., grupos que inmovilizan todo proceso urbano que no sea el que marca la dinámica de sus intereses, truncando de una forma violenta cual-

quier proceso de investigación teórico o práctico de la estructura urbana.

Esta incapacidad de precisión y «auto-control» del crecimiento urbano, en cualquiera de los planos político, económico, cultural, condiciona unos presupuestos sociológicos extraordinariamente ambiguos, determinados «grupos de intereses» mantenidos de forma inestable por los grupos de presión y cuyas bases de solidaridad social son una serie de inapreciables relaciones que, sostenidas por imágenes de una propaganda emotiva, favorecen una dinámica de que la ciudad se concreta en un *centro definido* y una *periferia indefinida*. Este tejido urbano crea una serie de «in-





teracciones» que debilitan en su esencia más profunda la misma condición humana.

Se ha precisado con bastante rigor que «cuanto más grande es la cantidad de personas en estado de interacción, más bajo es el nivel de comunicación y mayor es la tendencia de la comunicación a funcionar sobre un nivel elemental, es decir, sobre la base de aquellas cosas que son supuestas como comunes y de interés general». Estos niveles elementales en que se mueve nuestra sociedad de masas son valorados en términos de cantidades económicas, su goce está en la contemplación de la conducta de la masa misma, fenómeno compartido emocionalmente por los medios de comunicación—radio, cine, prensa, TV—. La imagen de su arquitectura responde psicológicamente a esta tensión, arquitecturas colosalistas con un predominio de tamaño y costo más que de calidad y uso.

El trauma de la congestión ha creado una imagen tan falsa que la enfermedad que sufrimos en nuestras ciudades se nos hace compartir como el progreso del cual debemos estar orgullosos. Los encargados de administrar estimulantes sociales y los especuladores, con una obstinación realmente incomprensible, mantienen estas creencias adormeciendo las conciencias de nuestras comunidades, que apenas tienen tiempo de consumir la gama de productos que le ofrece nuestra sociedad mercantil.

¿Qué hacer dentro del marco de nuestras antiguas ciudades, donde nunca ocurrió nada, donde los hechos se transformaban en historia muda, narrada con valor de anécdota en las generaciones próximas, donde la vida era una norma establecida, de la que nadie en su clan se podía evadir?

«¿Qué debe hacerse con esta maravillosa monstruosidad? ¿Dividirla en unidades dispersas, combinando residencia y trabajo, o tras una evacuación—como se pregunta el sociólogo W. Mill—proceder a dinamitarla y construir nuevas ciudades de acuerdo con nuevos proyectos en nuevos lugares? ¿Cuáles serían estos proyectos? El fenómeno urbano está afectado en su estructura básica por dos consideraciones con las que opera: la “imaginación sociológica”, los trastornos personales y los problemas públicos. Los trastornos se refieren al individuo y a las áreas de su influencia personal; los problemas se definen en áreas que trascienden lo personal, y esto ya es una cuestión pública. La interferencia de problemas y trastornos nos da la imagen del fenómeno urbano.»

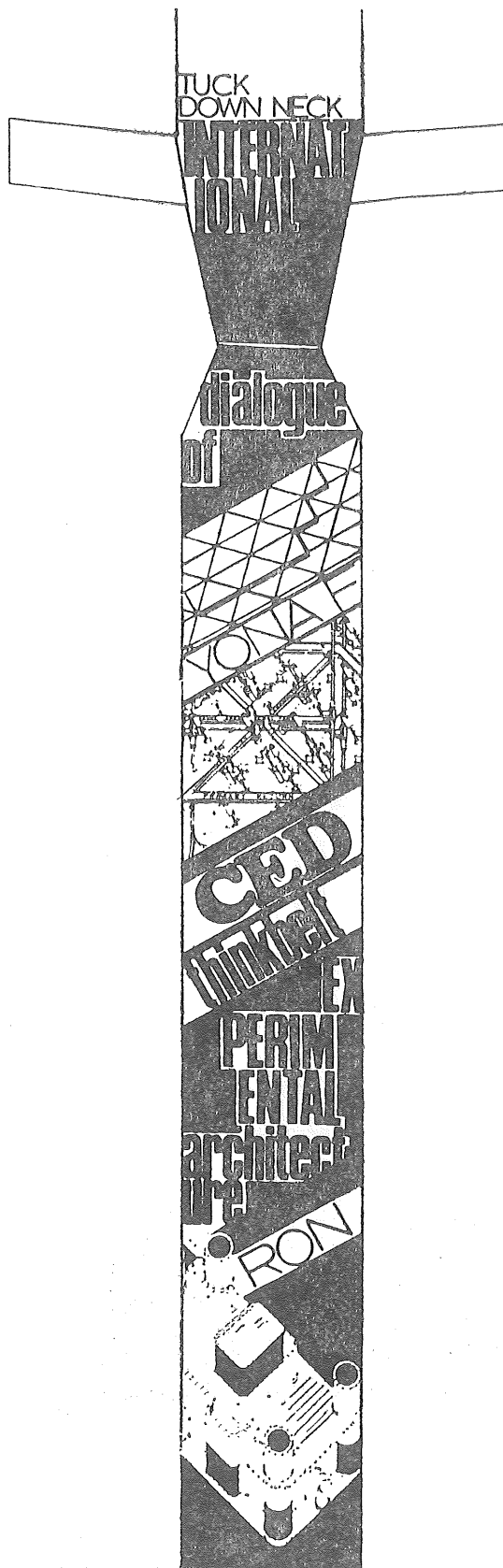
La congestión anula y elimina el sentido de la comunidad, la convivencia se reduce al trámite, la esencia de la comunidad se desvirtúa y aparecen las fuerzas que dan forma a la ciudad, intereses comerciales privados, junto con algunos intereses que aparecen disfrazados de intereses públicos. Al ciudadano con sentido cívico, con criterio comunitario, se le sustituye por el «burocrata de cuello blanco», y así vemos a nuestras

ciudades cada día menos políticas y más administrativas. ¿Existen espacios para la política ciudadana donde poder expresar de forma concreta las aspiraciones de una sociedad de masas, en reciprocidad a las grandilocuentes manifestaciones de los espacios comerciales, de la administración o la burocracia?

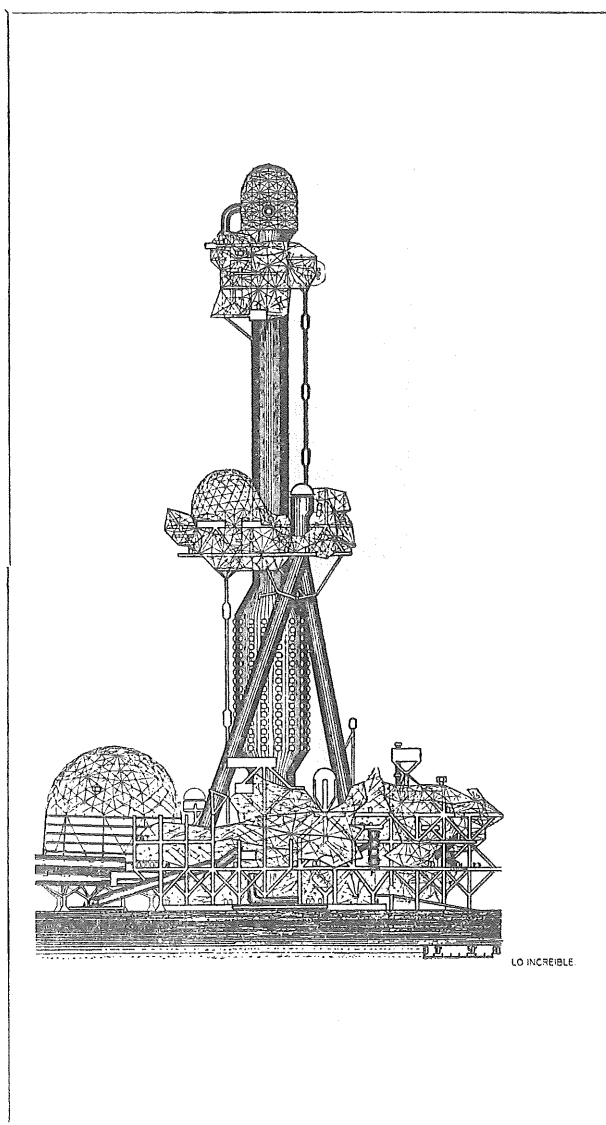
La ciudad producto de la congestión cada día se llena más de individuos privados, aislados en los problemas de su ámbito personal, ignorando el paisaje de su ambiente público, que va configurándose a su alrededor, dispuesto por hombres medios llamados urbanistas, economistas o arquitectos, diseñadores, en fin, al servicio de los más descarados intereses privados, configurando un medio que la incompetencia y apatía cívica han engendrado. Basta observar cualquier ciudad en crecimiento, llena de inconvenientes prefabricados por mentes vulgares, de espacios cívicos sin imaginación, que llenan de frustraciones la vida cotidiana, el hábito a que estamos acostumbrados, la falta de estímulo y educación de nuestra imaginación, la apatía que devora nuestra sensibilidad, nos hace considerar con bastante frecuencia esta serie de monstruosidades «como parte integrante de algún orden natural».

La propaganda de asalariados al servicio de intereses privados se encarga de crear la leyenda de que el trauma de nuestras ciudades ha de crecer en este sentido de valores, que es poco menos que la deuda que tiene que pagar el ciudadano que le ha tocado vivir en una sociedad industrial, en una sociedad de masas, que ha de claudicar a vivir con imaginación ciudadana y que lo mejor es buscar su pequeño exilio en los múltiples bienes de consumo. Nuestras ciudades son en nuestros días el resultado de la planificación parcial de intereses privados y, en consecuencia, «el problema de la ciudad es el problema de la irresponsabilidad política o cívica. Nuestras ciudades crecen por las decisiones acordadas y por las omisiones que se cometen, y de aquí nace una necesidad de agrupar las consideraciones que deben prevalecer para ejercitar una labor consciente en beneficio de lo que debe ser un espacio urbano cívicamente saludable». Sin esta revisión de la irresponsabilidad política y cívica denunciada por el sector más destacado del pensamiento sociológico contemporáneo, se hace imposible cualquier cometido que tienda de forma razonable a un trabajo integral para el diseño del medio urbano.

La ciudad es necesariamente un producto colectivo; de aquí la necesidad de elevar a protagonistas a todos aquellos que han de ser autores de la forma urbana. Ya no podemos esperar de ningún profeta teórico o práctico que se otorgue el derecho sobre sí de poder encontrar la panacea universal en soluciones de prestigio personal. El escenario visual en que vivimos se hace cada día un paisaje mediocre y agresivo, la irracionalidad se ha convertido en razón en la sociedad en que tenemos que convivir; de aquí que muchos problemas de la ciudad se hagan inaccesibles, ingober-



nables e incontrolables a la razón humana. Es necesario desmontar esta mitificación del ambiente y trasladarlo a unas bases científicas lógicas, a un comportamiento que conduzca a un auténtico aprovechamiento de los medios. La ciudad viene a ser así un auténtico problema de diseño, y más aún, de la «política del diseño». En otros términos: el de la creación renovada. Pero para introducirse en la resolución de estos problemas, antes deberá concretarse una discusión profunda y auténtica del diseño del área urbana, lo que es tanto como decir descubrir y situar en el plano operativo la realidad y el significado de las formas de vida humana en nuestros días.



La ciudad universitaria como empresa cultural.

Su planificación y diseño

En el panorama de mayor actualidad de la ciencia urbana ha surgido de forma elocuente y urgente la demanda en términos planificatorios de controlar y programar los nuevos centros para instrucción. Los nuevos modelos a configurar el tejido urbanístico-pedagógico buscan unos cauces de expresión donde la organización funcional, la localización urbanística, su expresión formal y, en definitiva, su auténtico cometido de instrumentos para una acción cultural puedan estar de acuerdo con las demandas de nuestra civilización en curso.

La morfología social de la vida universitaria en el mundo está ofreciendo en nuestros días unos cambios radicales en sus estructuras más básicas. Una cultura encaminada más a transformar el medio con una operatividad clara de contenidos; un acortamiento del tiempo vital en el estudiante, que necesita protagonizar su vida con una actividad en el trabajo como auténtica forma de vida, más que como instrumento de relación; una investigación que disponga de unos claros cometidos de auténtica ciencia, todo esto hace que el paisaje de la universidad tienda a modificarse radicalmente. La universidad ha dejado de ser, al menos en la consciencia generalizada del estudiante, «un complejo de individuos de un determinado cuerpo», y

el cambio de paisaje universitario viene respaldado por las frías cifras del mecanismo estadístico:

U. S. A.	de 250.000 estudiantes en 1900 a 4.800.000 en 1965
Francia	de 30.000 » » » » 323.000 » »
Japón	de 470.000 » » 1965 » 700.000 » 1967
Inglaterra	de 216.000 » » 1963 » 400.000 » 1967

Las cifras y coeficientes que reseñan los estudios sobre demografía universitaria postulan un incremento masivo en el número de estudiantes que accederán a las aulas para sus licenciaturas, de un coeficiente como el actual de 0,5 licenciados por cada 1.000 habitantes en la media de países europeos, se pasará al índice de 2 por cada 1.000 habitantes, una cuadruplicación del estado actual.

El proceso cuantitativo señala uno de los parámetros importantes del problema, pero no el decisivo; el encuentro con los diversos planos de la escala planificatoria suele acometerse por aquellos problemas donde la imagen que ha configu-

rado la crisis aparece como más definitoria y alarmante; en parte se debe a propugnar las soluciones desde planos como el político, donde no se actúa con unos parámetros de rigor científico. El diseño planificador viene condicionado por unas premisas que no recogen toda la complejidad del problema, y así se favorece un «diseño de imágenes», más que un proceso de diseño. Basta observar las propuestas que reseñan determinados concursos de ordenación universitaria para poder confirmar el comentario que describimos. Frente a una imagen tradicional de una planificación universitaria a nivel de «élite», se pretende no pocas veces arrojar con nuevas imágenes aparentemente tecnológicas una configuración más inédita que pueda albergar la universidad de masas, una vez más se le asigna el papel de protagonista al resultado de un diseño a nivel «formal», eludiendo, consciente o inconscientemente, el auténtico proceso de diseño, que es una interacción, con una determinada intencionalidad, de los procesos que intervienen en el planeamiento.

Cabría preguntarnos si el estudio de una planificación universitaria desde sus consecuencias formales puede favorecer una auténtica planificación universitaria, y si el solo estudio de las necesidades de una determinada planificación universitaria puede producir una satisfactoria organización universitaria. La estructura vertical de la universidad minoritaria con sus conocimientos codificados, su objetivo de preparar profesionales, con unos conocimientos exclusivos para el fin a que son destinados, en una localización preestablecida de su actividad y función, deberá dar paso a una planificación menos rígida, en cuanto a su estructura, de impartir el conocimiento. El *status* profesional que produce la sociedad contemporánea se caracteriza por un constante intercambio de conocimientos y experiencias; los conocimientos se imparten más como proposiciones e hipótesis que como valores definidos y prefijados, un conocimiento con presupuestos dialécticos más que codificados. Esta circunstancia deberá señalar una orientación muy precisa, capaz de poderla asumir la planificación futura.

«Este nuevo modo de articulación—como recientemente ha puntualizado G. Carlo de Carlo—del trabajo universitario destruye la estructura vertical que existe en la idea de facultad como lugar unitario y autónomo de preparación a una profesión específica. El trabajo en equipo y la posibilidad de recorrer una red difusa y múltiple de centros didácticos aumentan la diferenciación de los *curriculum* y permiten las diferentes modalidades de especialización; al mismo tiempo determinan una serie de valoraciones e interpretaciones que por necesidad disuelven las barreras existentes entre las diversas facultades. Los departamentos u otras formas más temporales de coordinación entre materias permiten un crecimiento y movilidad entre profesores y alumnos y, por supuesto, la introducción de una nueva tecnología en la enseñanza, son los elementos más positivos que tienden a transformar la UNIVERSI-

DAD DE LA FACULTAD—o de los exámenes—en la UNIVERSIDAD DE LOS ESTUDIOS.»

El modelo a configurar por la universidad de masas es evidente que va a tener una configuración bastante diferente de la imagen existente, pues los parámetros que la vida asociativa propugna serán unas respuestas urbanístico-arquitectónicas al nivel de los postulados que esta universidad de masas requiere. La ciudad universitaria del modelo medieval, donde un edificio ciudadano absorbía su cuadro de enseñanza y próximos los núcleos de residencia al *College*, ha mantenido durante los siglos posteriores todo el equipamiento de la universidad burguesa, invalidada hoy como respuesta adecuada, por muchos simulacros que intente aportar el ingenio del arquitecto. Su morfología es una derivación clara de la concepción monástica, respuesta ambiental de una pedagogía intimista y de unas respuestas culturales ancladas en la revalorización y mantenimiento de la herencia cultural, pero «retiradas de la inmediata responsabilidad práctica y crítica» (1).

El edificio aislado del contexto urbano ha sido el esquema que durante algunos siglos jalonó la tipología universitaria, desde la Contrarreforma a finales del *xix*; la variante sajona introduciría el *campus*, focalización espacial alrededor de la cual surgiría el tejido universitario, campos deportivos, teatro, bibliotecas, facultades y residencia, un auténtico «*ghetto* para la cultura», donde la formación individual necesita de cierto *raport* social que será fácil de adquirir en un estamento de planificación dirigida. La moral sajona, impregnada de un pragmatismo para acción, ha hecho de estos nobles recintos una gran ceremonia, atendiendo más a la capacitación del diploma que a un encuentro efectivo y toma de contacto con los valores culturales.

La universidad a principios de siglo se diferenció del tejido urbano para reseñar una nueva emblemática, aquella de la ideología que la construía, la universidad burguesa, con una planificación rígida, de grandes avenidas, de representativos y majestuosos trazados ajardinados, «la universidad monumento como la gran mole del recinto universitario moscovita, inmensa mole simbólica dentro de la estructura urbana; la Universidad de Méjico, oasis de cultura en un desierto cultural; la Universidad de Roma, caprichosamente alejada de la ciudad; los *campus* daneses, holandeses o finlandeses» (2). Esta segregación urbanística fue copada por el desarrollo y la expansión urbana de la mitad del siglo *xx*; absorbido en la ciudad, el recinto universitario sigue siendo un fragmento del tejido urbano sin un significado coherente y unívoco. La planificación universitaria se encuentra en nuestros días en una búsqueda más operativa de encuentro dialéctico con la realidad, sus valores más esenciales sufren una crisis de transfor-

(1) L. MUMFORD: *La cultura de la ciudad*.

(2) *L'Università in espansione* Pignatelli.

mación y la orientación hacia unas pautas de planificación y diseño válidos ofrece bastantes obstáculos no sólo en su origen, sino también en el entorno de acción en que se desarrolla el sistema; no se debe olvidar aquella puntualización de J. K. Galbraith en su trabajo del nuevo estado industrial y del que algunos economistas parecen no estar muy dudosos al analizar la herencia del poder, de manos de los propietarios agrícolas al capital, y de éste a los equipos de profesores e investigadores. «Estos equipos se sitúan en paralelo al sistema industrial—comenta Galbraith—como se disponían en el período de la industrialización las comunidades de banqueros y financieros. Entonces el factor esencial era el capital y éste condicionó la formación y el desarrollo de un vasto complejo de instituciones bancarias, cajas de financiación... En la gran empresa, por el contrario, el factor decisivo de la producción es la oferta de personal y la capacidad de especializarse. De forma paralela se ha venido desarrollando en respuesta a esta necesidad todo un complejo de instituciones de la educación. Al sostenimiento de tal transformación se está verificando una alteración que afecta a los valores y comportamiento social. Ahora es la educación quien recoge sobre sí el énfasis de la utilidad social.»

La liberación de las fuerzas productivas, significado que se desprende de un sondeo muy parcial de las propuestas de democratización a que tiende la universidad de masas, no parecen ser postulados de sentido idéntico aquellos que propugna el sistema para su equilibrio, el del aumento de la productividad basada en la moral pragmática de la eficiencia y la libre competencia. Como será posible coordinar y disponer de unos parámetros válidos en una contradicción tan aparente, parece evidente que un programa tan complejo no puede ser afrontado desde una base formal para resolver el modelo; su configuración no puede venir definida por un diseño de implantación urbanística, como un fenómeno independiente, sino sobre un proceso de planificación globalmente válido, ideológicamente coherente y abierto a una amplia y larga participación, los métodos de trabajo deberán orientarse con postulados diferentes y por decisiones más plurales.

Nueva tipología urbanístico-arquitectónica de la universidad

Las alternativas que se ofrecen en el panorama internacional, en orden a esta serie de necesidades que el organismo universitario debe asumir, parecen localizarse en las demandas de estructuración orgánica y la capacidad de crecimiento y receptividad que las nuevas exigencias reclaman. Las imágenes que se ofrecen en el campo internacional de la planificación y construcción universitaria están orientadas más a resolver los problemas localizados, que a asumir la capacidad de trans-

formar la Universidad en una empresa colectiva de trabajo cultural. Los problemas parcializados favorecen soluciones diferentes:

Universidades planificadas desde un análisis urbanístico

La universidad como objeto aislado dentro del contexto urbano, el centro universitario concebido como un gran monumento.

La universidad planificada al margen de la ciudad, el recinto universitario como ciudad de las aulas.

El núcleo universitario de carácter sectorial, con una estructura especializada de carácter tecnológico o humanístico.

Universidad enclavada en núcleos históricos, sometida a las fricciones de las preexistencias ambientales y el entorno ciudadano.

Centros universitarios en zonas de alto desarrollo industrial, universidades al servicio de los problemas que reclama el binomio producción-investigación.

Universidades autosuficientes, dotadas de todos los servicios para favorecer una unidad básica de conocimientos, sin posibilidad de interacción con otros equipos sociales.

Universidad planificada en recintos diversos autosuficientes o complementarios entre sí, dispuestos dentro de las áreas metropolitanas, localizadas y ligadas a un determinado contexto urbano.

En otro orden de valores aparece un diseño universitario producto del análisis del programa y estructura física, adscrita su terminología lingüística a connotaciones culturales, de trazados funcionalistas, racionalistas y orgánicos.

Propuestas de modelo

El diseño arquitectónico-ambiental viene requerido en la planificación de nuevas universidades por los parámetros de localización, límites y dimensiones óptimas y organización de las ciudades universitarias. Estas propuestas, resueltas a distintos niveles en diferentes países, formulan una serie de hipótesis a utilizar para el proyecto de los nuevos modelos. Dónde situar el centro universitario, programarlo en áreas subdesarrolladas para revitalizar las zonas, proponer un programa de universidad móvil, como la propuesta de Thinkbelt, que en diferentes etapas, con un equipo móvil, pueda recorrer áreas de una región, sin la ubicación necesaria y costosa de equipamiento fijo en núcleos próximos. Potenciar los viejos núcleos universitarios anclados en etapas preindustriales y favorecer con la promoción universitaria unos focos de energía cultural. Programar nuevas ciudades e interrelacionar en programas regionales

los ámbitos universitarios para poder equilibrar producción e investigación en la desarticulada sociedad del consumo. Expropiar las áreas más rentables en los núcleos ciudadanos y destinar aparentemente a la cultura la plusvalía de la especulación. Localizar la universidad en las áreas urbanas del proletariado no cualificado. La respuesta a estas preguntas no está en el plano único de la ubicación; su respuesta requiere una acción en planos paralelos.

Otro de los parámetros requeridos en estos nuevos planteamientos es el de su dimensión óptima: en qué tamaños deben formularse los núcleos universitarios. Una tipología variada viene ofreciendo propuestas a distintos niveles, universidades remodeladas con una nueva tecnología en la estructura del viejo *College*, su planeamiento responde a una estructura molecular y su crecimiento es autónomo por unidades independientes de residencia y estudio, pero con una articulación interna que permite al estudiante poder realizar estudios diferentes mediante la combinación de materias o cursos libres.

Centros universitarios creados alrededor del viejo *campus* con variantes de interpretación, localización sectorial de residencia y tráfico de vehículos y peatones en paralelo, tratando de no romper la imagen de la ciudad, los núcleos de enseñanza programados en crecimiento con integración de las diferentes materias.

Universidades concebidas en una planificación de *macro-arquitectura*, unidades muy compactas de residencia e investigación, su propuesta va dirigida en algunas ocasiones como en la experiencia inglesa de la Universidad de East Anglia, a favorecer unos modelos a escala reducida para experimentar soluciones de mayor escala.

La universidad-ciudad, propuestas que intentan reproducir el modelo de ciudad a una escala más reducida, una hipótesis cuyos resultados aún no han sido experimentados en su tiempo, «su validez podrá corroborarse cuando la fuerza que emana de su compacta estructura pueda verificarse».

Paramentos a investigar en los nuevos modelos

Los diferentes caminos a que se abre la investigación del modelo facilitan una experimentación con modelos diferentes y en etapas sucesivas, la

parcialización sobre el trabajo de modelo con propuestas unidireccionales desemboca en soluciones parciales, la validez del trabajo parece orientarse en soluciones estructuralmente diversas.

La patología que los nuevos centros pueden producir es una variable no definida ni propuesta a nivel de hipótesis, la tendencia a la compacidad que ofrecen algunas respuestas en los organismos universitarios recientes, tanto en sus núcleos de enseñanza como de residencia, pueden favorecer una falsa interacción democrática.

La tendencia a la unificación de las diversas funciones de la ciudad universitaria, destruyendo la unidad jerárquica de las facultades, ofrece al modelo una serie de nuevas propuestas en cuanto al diseño urbanístico-arquitectónico se refiere y no resuelto ni propuesto en muchas de las soluciones actuales.

El criterio de dividir los estudios en dinámicos y estáticos, como se observa en algunas propuestas, es más conceptual que real y responde en parte a una herencia clasista, que hizo de las ciencias y las humanidades dos compartimientos disociados.

Los nuevos modelos deberán introducir de forma básica y no anecdótica las nuevas técnicas de la información, pues en el futuro será una forma de enseñanza que hará que la investigación y la cultura no sea patrimonio de aquellos que la pueden producir.

Cabría, para finalizar este breve análisis, puntualizar los resultados que nos ofrecen todas las variantes e intentos en la planificación y diseño de los nuevos centros universitarios. Si son ciertas y válidas las propuestas que formulan la «contestación» más radicalizada, de que la universidad debe ser una parte más integrada dentro del contexto urbano, con todas las implicaciones que esto señala, porque seguir eludiendo la propuesta de un modelo, capaz de recoger una efectiva integración que facilite un camino válido en las hipótesis de nuestros días, para poder revitalizar la universidad en la crisis más radical de toda su historia.

Las diagnósis que desde tantos sectores se formulan, sobre cuál debe ser la orientación de los nuevos núcleos universitarios, son por supuesto válidas y necesarias, pero es preciso utilizar la vía experimental con todos los riesgos y dificultades que ofrece, porque la comprobación de todo «modelo» debe atenerse constantemente a la realidad y eludir esta realidad puede ser mantener el discurso vivo de las palabras.